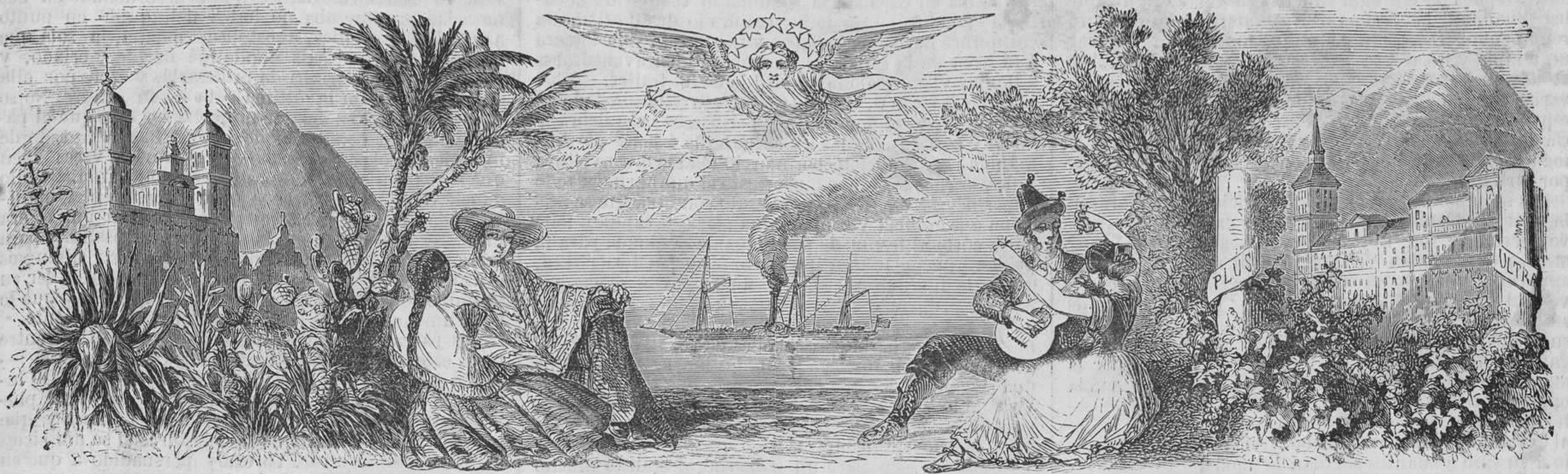


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO VI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 14. — N° 140.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Persecucion y captura del cribbler ruso el *Menschikoff*; grabado. — Vida de D. Guindo Cerezo. — Revista de Paris. — Romance. — Explotacion del corcho y fabricacion de tapones; grabados. — Hombres ilustres de la America española. — Significacion simbólica de los pájaros. — Incendio de la hilandería de M. Chenneviere en Elbeuf; grabado. — El estandarte de la Sociedad de los coros de Gante; grabado. — Monumento elevado en Bérgamo á la memoria de Donizetti; grabado. — El secreto de la Bianetti. — Una excursion á Waterloo; grabados. — Elvira y Luisa. — Cuchillo de monte regalado por el emperador de Austria á Julio Gerard; grabado.

De una carta escrita por un oficial de la marina francesa á bordo de la flota del Báltico tomamos la relacion de un incidente que pasó ante las dos escuadras reunidas y cuyo interés está mas bien en la grandeza del teatro en que ha tenido lugar que en su importancia real.

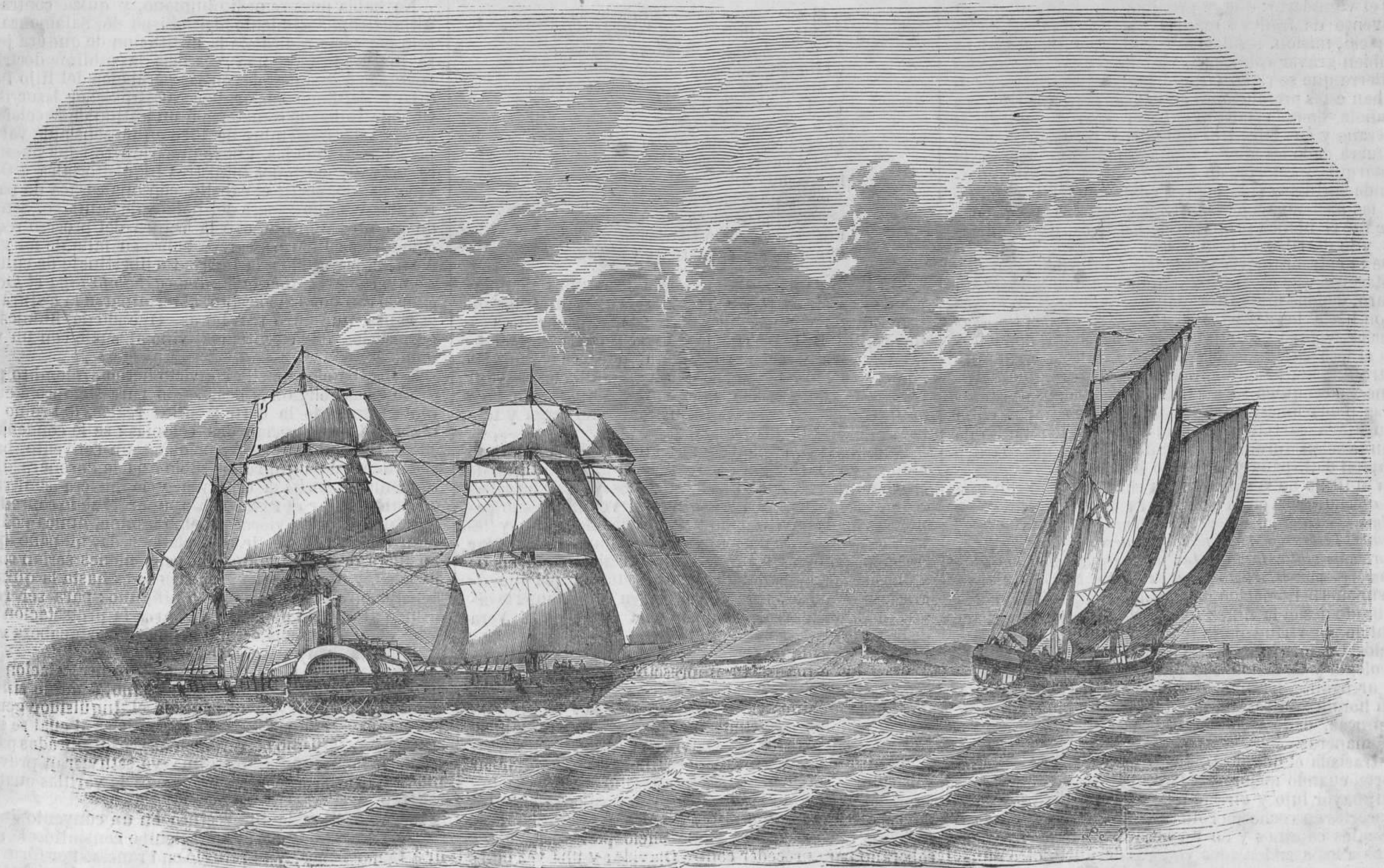
Hé aquí el hecho:

« El 24 de junio los vigias de la fragata *la Cleopatre* señalaron una vela rusa sobre la barra de Arkhangel que, favorecida por una fuerte brisa de N. E. se prometia libertarse de los cruceros costeano viento en popa para llegar á Noruega y dejar harinas. El comandante Guilbert mandó al punto al *Cocyte* que saliera en su persecucion al S. 1/4 S. O. Treinta minutos despues de la órden principiaba la persecucion á toda vela y á todo vapor. La mucha velocidad del cribbler con sus inmensas velas cuadradas, prolongó la persecucion á cuarenta millas de Arkhangel, y se puso bajo la proteccion de dos aldeas importantes que no se atrevieron á hacer nada para defenderle. Despues de algunos cañonazos cambiados entre ambos buques, los señores tenientes de marina Corvaisier y Becqué llevaron la presa cerca del *Cocyte* que la remolcó y la condujo al fondeadero el 25. Como el buque no tenia nombre se le bautizó al instante por unanimidad con

el de *Menschikoff* por los marineros. Esta captura hecha á la vista de los rusos y á una milla de sus costas, y prolongada durante muchas horas, ha presentado un interés muy vivo para las dos divisiones que admiraron con cuanta precision el *Cocyte* habia maniobrado durante todo el tiempo de la persecucion efectuada en presencia de un enemigo que no se atrevió á salir. »

Vida de D. Guindo Cerezo.

Entre los españoles que mas resueltamente cooperaron á plantear las sabias reformas, que perpetúan la justa fama del reinado de Carlos III, hay que contar y D. Pablo Olavide. Natural de Lima y togado desde mozo, comenzó á adquirir reputacion el año de 1746



Persecucion y captura del cribbler ruso el *Menschikoff* por el aviso de vapor el *Cocyte*, en el mar Blanco cerca de Arkhangel.

en que fué afligida aquella ciudad por un asolador terremoto. Nadie le aventajó en arrostrar peligros, prodigar socorros y salir á las dificultades. y pasado el peligro, hízose por general asentimiento depositario de los caudales y las joyas que se extrajeran de las ruinas. Despues de entregar muchas cantidades á los que legítimamente las reclamaron como suyas, quedóle un remanente de bastante cuantía y lo gastó en edificar un templo y un teatro. De resultas y por quejas sobre la devolución de caudales, dirigiéronle sus paisanos varias acusaciones. Estas hallaron eco en la metrópoli española, adonde hubo de venir Olavide en observancia de las órdenes del gobierno, que privándole de la toga y obligándole al pago de ciertas sumas, le señaló por cárcel su casa.

Los sisabores y la falta de ejercicio le deterioraron la salud en términos que sus jueces creyeron equitativo permitirle que se trasladara á Leganés para tomar aire. ¿Cómo había de imaginarse ni en sueños que le aguardara allí la fortuna? Por lo mas florido de la juventud corrían á la sazón sus años: á la gallardía de su apostura daba realce la distinción de sus maneras; su capacidad é instruccion distaban mucho de las vulgares; y en el trato de gentes superaba á todos por la amena facundia. Prendada de estas dotes una viuda opulenta, admitióle por tercer esposo; y así Olavide salió de apuros, fijó en Madrid su residencia, hizo viajes al extranjero, gastó con rumbo, vivió con fausto, y atrajo á su casa á cuantos seguían la moda.

Tal era ya este personaje cuando el conde de Aranda vino á la corte de presidente del Consejo. Muy luego estrecharon amistad uno y otro, acordes como estaban en ideas y planes de ilustracion y de progreso para dar vigoroso impulso á la prosperidad y grandeza de España. Bajo los auspicios y por influencia del conde fué sucesivamente Olavide síndico personero de Madrid en su Ayuntamiento, director del hospicio de San Fernando, y asistente de Sevilla al par que superintendente de las colonias proyectadas en Sierra-Morena.

Por desgracia es pensión de la humanidad que ninguno de sus progresos se realice sin embarazos: siempre los hallan hasta los designios mas benéficos; y apenas hay uno que no cuente víctimas ilustres. Olavide lo fué al cabo del vigorosísimo celo y actividad infatigable, con que realizando las miras de un gran monarca, transformó prontamente en hermosos jardines los espantables des poblados, donde hallaban guarida segura los malhechores y sobresalto constante los viajeros, allí despojados de la hacienda y no pocas veces de la vida.

Muy diversas maneras de oposicion injustificable se ensayaron contra las colonias de Sierra-Morena, bien que la verdadera y única raiz era el espíritu de reforma que trascendía en el fuero de poblacion dado á las feligresías que allí debían de fundarse. Baste saber que las regularias perpetuas no hallaban cabida en aquellos ayuntamientos, cuyos individuos serian elegidos por el vecindario: que se prohibía expresamente erigir convento de frailes ó monjas, ni aun con el título de hospicio, mision, residencia ó granja; y que se vedaba tambien gravar con censo, vínculo ó fianza las suertes de tierra que se repartieran á los colonos. Harto significaban estas precauciones adoptadas para una comarca española, donde estaba por hacer todo, el anhelo del soberano y sus ministros en extirpar tan de prisa como les fuera dado los abusos que agobiaban al resto de la monarquía y estorbaban sus adelantos. Harto se comprende sin mas explicaciones cuantos enemigos hallaron las nacientes colonias. Por supuesto, D. Pablo Olavide fué el blanco principal de los tiros, que le hirieron y le derribaron á la postre.

De la extraordinaria virulencia é injusticia, con que le atacaron sus contrarios sañudos calumniándole sin reparo, deponen una sátira manuscrita, puesta en circulación hácia los años 1776 ó 1777 según todas las apariencias, y cuyo texto indica muy de sobra, donde estaba el foco de las enemistades, que arruinaron al muy ilustre limeño, insigne promovedor de los intereses comunes, ante quien se alzaron como por ensalmo esas lindas poblaciones, rodeadas de fértiles campos en la frecuentada carretera de Andalucía, único punto de comunicacion durante mas de dos siglos y medio entre la capital de España y el Nuevo Mundo.

Ya el título de la sátira citada revela el tono con que está escrita, pues en la portada se ve lo siguiente: — *El siglo ilustrado. Vida de Don Guindo Cerezo, nacido, educado, instruido, sublimado y muerto según las luces del presente siglo. Dada á luz para seguro modelo de las costumbres por D. Justo Vera de la Ventosa.* Comienza por suponerle no nacido de legítimo matrimonio, acostumbrado desde la niñez mas tierna á seguir su gusto y antojo por virtud de la mala usanza que le dan sus abuelos. Como estudiante de humanidades, de filosofía, de teología y de cánones le pinta desaplicado, superficial, arrogante, irreligioso y espíritu fuerte en suma: como hombre le retrata deshonesto, adulador, disipado, procaz, dado á lo ageno, y vicioso y criminal de todas maneras.

Se traslada el fingido D. Justo Vera de la Ventosa á la corte, cuando mejor le place. Por aquellos tiempos era el mayor lujo y ofrecía mas comodidad en los viajes hacerlos en coche de colleras, que á fuerza de dias por malos caminos y de noches en pésimas posadas llevaba a los asendereados viajeros de uno á otro punto. Para procurar mas baratura solia acontecer que se juntaran dos ó tres compañeros que por lo comun hasta entonces no se habían visto nunca las caras. Un castellano rancio, un canónigo y un fraile fueron los que

tocaron á D. Guindo Cerezo. Su historiador desapiadado le hace chocar con todos desde la primera jornada, y ocioso parece decir que le deja mal parado en las tres disputas; la primera al principio del viaje con el castellano por haberse lamentado de la pesadez con que se viajaba en España; la segunda al tiempo de la comida con el fraile por haber calificado de fanatismo la costumbre de bendecir mesa y manjares; y la tercera á la hora de la cena con el canónigo por aventurarse á llamar vida regalona é inútil la de los frailes.

Ya en la corte D. Guindo Cerezo estrecha amistad con un cadete; vaga por calles y por paseos; requiebra y visita y corteja á damas; y se habitúa á tener por humanidad la disolucion, por marcialidad la desenvoltura y desvergüenza, y por buen gusto el que aprueba todo lo pernicioso. De resultas del trato con el cadete se aficiona á la milicia y compra una plaza de capitán. Sale de la corte al frente de su compañía, y donde para la primera noche le toca ir alojado á casa del sacristan, quien le hiere descargándole un golpe de alcuza por haberse propasado á hacer fiestas á su hija. Mientras se queda allí para curarse ridiculiza al alcalde del pueblo, porque se hacen procesiones de rogativas, pidiendo lluvias. Cuando llega á su destino se enamora de una jóven y se casa. Por supuesto que el historiador Vera de la Ventosa recarga el cuadro pintando á la esposa deshonestas y haciendo que á D. Guindo Cerezo no se le importe nada.

Nombrado este para un gobierno, despliega mucho fausto; da saraos; permite bailes de máscaras; edifica un teatro; echa abajo cruces para dar ensanche á las plazas; niega limosna á una jóven que pide para meterse monja; dice á un muchacho vestido de fraile: *Temprano te ha puesto tu madre á pícaro*, dando márjen con estas y otras cosas á que se susurrara entre el pueblo que el gobernador era libertino y hereje. Luego que el llamado historiador se harta de latrinear á su modo sobre lo antiguo y de escarnecer lo moderno, sin excluir las *Sociedades patrióticas*, *La Clave historial* del padre Florez y la *Industria popular* de Campomanes, supone la enfermedad y muerte de D. Guindo Cerezo, *abriendo este dos palmas de boca sacando una lengua como una vaca y lanzando una blasfemia y con ella su alma.*

Por remate de cuento y bajo el epígrafe de *Protesta del historiador* se leen estos cinco refranes. — El que se pica ajos come. — Al que le duela la muela que se la saque. — Mal de muchos consuelo de tontos. — Mal me quieren mis comadres porque digo las verdades. — No hay peor sordo que el que no quiere oír. — Y á continuacion se le echa tambien de poeta el D. Justo Vera de la Ventosa, componiendo uno como soneto del tenor siguiente:

EPITAFIO

PARA LA ILUSTRADA SEPULTURA DE DON GUINDO.

El que macho nació tan ilustrado;
El que instruido fué con tantas luces;
El nombre mas civil contra andaluces;
El timbre luminoso de su estado:
El bachiller D. Guindo, el alumbrado;
El capitán valiente contra cruces;
El marido que obtuvo mas capuces;
El juez mas recto contra el inculgado;
El que tuvo buen modo de pensar;
El enemigo del clerical congreso;
El opuesto á todo pobre regular,
Oprimido de luces yace; exceso
Fué de la muerte tal vida arrebatara
Que era para alumbrados embeleso.

Sin la clave puesta á la cabeza de algunos ejemplares de la *Vida de D. Guindo Cerezo*, cuyos capítulos suben á diez y ocho, nadie adivinaria que fuera una sátira contra D. Pablo Olavide; así como todo el que emprenda, siga y acabe su lectura, puede inclinarse á conjeturas muy fundadas de que se hubo de escribir dentro de alguna celda, pues sustancialmente la *Vida de D. Guindo Cerezo* es mas que nada una larga y tendida apología de los frailes.

Realmente D. Pablo Olavide, aunque nada dijera ni obrara, que le hiciera desmerecer el glorioso título de cristiano, pertenecía al número de los que por aquellas calendas miraban á Rousseau y á Voltaire como patriarcas de la civilizacion y antorchas del siglo, y leyendo sus produce ones literarias presumían de quedar iniciados en todos los misterios, y recibiendo cartas de ambos se preciaban de poseer en ellas la patente de grandes hombres. Este fué el origen de su muerte civil, no muerte real, como afirma el supuesto Vera de la Ventosa.

Como los colonos traídos á Sierra-Morena eran alemanes, hubo necesidad imprescindible de auxiliarlos espiritualmente con religiosos de su patria. De la órden de capuchinos vinieron varios, y por su prefecto fray Romualdo de Friburgo. Este religioso tuvo muy repetidos encuentros con Olavide, porque refrenaba su índole inquieta y avasalladora: no pudo triunfar su soberbia y satisfizo su ira con desahogos de venganza, delatando ante la inquisicion al superintendente de las colonias como hereje, ateo y materialista. De resultas, el consejo del Santo Oficio pidió licencia al soberano para proceder contra Olavide; y una vez otorgada fué llamado este á la corte bajo las apariencias de ser necesaria su venida con el fin de tratar verbalmente sobre asuntos referentes á las colonias.

Ya en Madrid el superintendente, trasladó al cabo

de algun tiempo y con pena que eran del Santo Oficio los negocios que habían motivado su viaje. Entónces dirigió una sentidísima carta á D. Manuel de Roda, ministro de Gracia y Justicia, pidiéndole consejo en su angustia y amparo para aniquilar una causa en que veía su deshonor. Confesándose desordenado en sus mocedades, expresaba no haber delinquido en punto á la religion católica, apostólica, romana, la sola que se profesaba en el país donde fué nacido y criado, y añadia que se gloriaba de profesarla, y que por ella derramaría hasta la última gota de su sangre. No se le ocultaba que su delator no podía ser otro que el padre Friburgo, con quien declaraba haber tratado de materias escolásticas y teológicas varias veces, bien que todas conformes á nuestra religion santa. De ello aducía Olavide una prueba muy concluyente, manifestando, que, aun cuando se le supusiera impío, era menester además que se le considerara insensato para creer que se hubiera propasado á proferir discursos censurables delante de un religioso, que sabia ser su enemigo, que escribía en su contra á todos, y que le tenía amenazado con la Inquisicion reiteradamente.

Dos párrafos notables por extremo contiene entre otros esta carta, y lo textual de ellos es como sigue: — « Si á pesar de todo, por ignorancia ó por error, di lugar á que se entendiera otra cosa que no debía, pue- » do protestar á V. E. que ha sido sin malicia y que » yo sería el primero que lo detestara, si se me biese » ra conocer el error. Yo estoy persuadido á que en » las cosas de la fé de nada sirve la razon, porque no » alcanza, y á que los que estamos en el gremio de los » cristianos debemos estar á lo que nos enseñan la » Iglesia y los ministros diputados para instruir á los » fieles, siendo esta dócil obediencia el mejor sacrifi- » cio de un cristiano.... He expresado á V. E. con ver- » dad todos los hechos, para que sobre ellos recaiga su » consejo; yo estoy pronto á hacer cuanto me dicte. » Dirija V. E. á quien busca sus luces en inteligencia » de que, si aun no se persuade de mi inocencia, es » preciso que el tiempo se la descubra, y que entónces » se alegre de haberme dado la mano. »

Interesándose naturalmente D. Manuel de Roda por D. Pablo Olavide, nada le pareció de mayor eficacia que aconsejarle una visita al Inquisidor general y remitir á este su expresiva carta. Aquel alto puesto ocupábalo á la sazón D. Felipe Bertran, obispo de Salamanca, hombre muy docto; razon mas para que el ministro de Gracia y Justicia fiara en que de esta manera saldría de tribulaciones el superintendente de las colonias. De las resultas de la recomendacion y la visita da testimonio el siguiente billete, dirigido el 14 de febrero de 1776 por el Inquisidor general á Roda. — « Yo » me he visto en la mayor confusion, porque anteano- » che se me presentó y me detuvo dos horas, sin saber » yo que responderle. V. E. sabrá sacudirse mejor en » el consejo que le pide y en la pretension de que se » corte la causa. »

No habia pues remedio humano, y quizá contra el último convencimiento del obispo de Salamanca, y solo por vicio radical de la institucion de que era jefe, se iba á adular una vez mas la sublime doctrina enseñada á los apóstoles en las parábolas del Hijo Pródigo y del Buen Pastor por Nuestro Señor Jesucristo. Olavide hubo de someterse á un autillo de fé celebrado el 24 de noviembre de 1776 en presencia de varias personas graduadas. Luego que ocuparon sus puestos, se vió salir entre dos ministros inquisitoriales á Olavide, pálido, suelto el cabello, con una casaca de paño regular y sin la venera del hábito de Santiago. Sentado en un banquillo, oyó la lectura del proceso reducido á tres sumarios, cargos sobre su falta de fé, y su doctrina favorable á la libertad ó libertinaje de cultos. *Yo nunca he perdido la fé, aun cuando lo diga el fiscal*, expuso con dolorido acento, al terminarse la lectura de la causa que duró tres horas. Oye do de hinojos la publicacion de la sentencia, vino al suelo con un vahido.

Declarábasele por ella convicto hereje, miembro podrido de la religion y desterrado para siempre á cuarenta leguas de la corte y sitios reales, del reino de Lima y de Andalucía y las colonias: se le condenaba además á ocho años de reclusion en un convento, bajo las órdenes de un director sabio que le enseñara diariamente la doctrina cristiana, y le hiciera confesar, oír misa, rezar el rosario, y ayunar, si se lo consentia la salud, todos los viernes: como infame, nunca podría ceñir espada, ni vestir oro, plata, seda, ni paño que no fuera ordinario y amarillo: sus bienes serian confiscados, y privados él y sus sucesores hasta la quinta generacion de obtener empleo ninguno: para ser restituido al gremio de la Iglesia haria la protestacion de la fé y abjuraría sus errores, cubriendo su cabeza entretanto una coroa de aspa.

Cuando volvió en su acuerdo hizo la protestacion de la fé con una vela verde en la mano, aunque sin la coroa, por habérselo dispensado el Inquisidor general conpadecido de su desmayo, gracias al cual se suprimieron asimismo las ceremonias acostumbradas para levantar las censuras, bien que ya estuvieran prevenidos al efecto con pellices y manojos de varillas cuatro sacerdotes.

D. Pablo Olavide fué recluso en un convento de la provincia de Gerona: al poco tiempo consintiósele salir á tomar baños, y se refugió en Francia. Por fórmula se solicitó la extradicion del desdichado, siendo el conde Aranda nuestro embajador en aquella corte; y de resultas Olavide trasladóse á Suiza, residiendo allí con el nombre de conde de Pilos algun tiempo.

Después tornó á Francia y presencié todos los horrores de su revolución espantosa. Antes de ella, según muy atendibles indicios, y por efecto de la impresión que hizo en su alma el duro trance por que había pasado, brilló por su cristiandad y por la práctica de virtudes. Ya muy anciano pudo volver á España. Abrió sus puertas el libro titulado: *El triunfo del Evangelio*, que compuso como filósofo desengañado. Todavía los que pensaban del modo que el que le zahirió implacablemente en la *Vida de D. Guindo Cerezo*, pusieron á aquella obra el reparo de esforzar demasadamente los argumentos de los incrédulos contra la religión cristiana.

A fines de 1798 regresó D. Pablo Olavide á España y fijóse en Baeza, donde vivió muy piadosamente hasta principios del año de 1802 en que bajó al sepulcro.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Revista de Paris.

La historia hablará de la semana que acaba de transcurrir como de una época memorable. La presencia de la reina Victoria en este suelo ha producido como una conmoción eléctrica en todas las clases, y desde las costas hasta la capital, desde la capital hasta las costas, el pueblo francés ha saludado con una aclamación unánime á la heredera de un trono que por tantos siglos estuvo en hostilidad abierta con el trono de Francia. Pero si el pueblo ha hecho á S. M. B. un recibimiento tan brillante, ¿cuál no habrá sido el recibimiento de la corte? La semana entera se ha pasado en efecto en variadas fiestas: visitas á la Exposición Universal de Industria y Bellas-Artes, á los palacios, museos y monumentos; paseos por Versalles, San German, Saint-Cloud, el bosque de Boulogne y los boulevards de Paris; representaciones por la noche en la corte ó en los teatros de la Opera y de la Opera-Cómica; bailes y banquetes oficiales en el Hotel de Villa, en Saint-Cloud ó en Versalles, tal es el sumario de las diversiones que la corte imperial tenía reservadas á sus ilustres huéspedes.

Ni una hora de reposo en la semana; los días consagrados á los paseos, las noches destinadas á las fiestas. Cada mañana los periódicos parisienses llenaban sus columnas con lo ocurrido en el día anterior, y señalaban lo preparado para el día presente. Las descripciones contenían detalles fabulosos para el público, inferiores á la realidad para los que habían tenido la dicha de asistir á tamañas magnificencias. El espectáculo que presentaba el Hotel de Villa el jueves por la noche era una cosa sorprendente; diríase como un sueño en acción, un cuento fantástico introducido en las realidades de la vida.

Una línea de fuego corría sobre la fachada del palacio municipal, y dibujaba sus grandiosas proporciones. Altos obeliscos de vasos de colores diseminados delante de la verja le daban el aspecto de esos palacios encantados de que hablan las leyendas árabes. Trofeos de estandartes y banderas flotaban en una aureola de luces. En lo alto del Hotel de Villa y de la torre de Saint-Jacques había llamas eléctricas que resplandecían como faros y proyectaban su claridad deslumbradora sobre la vasta plaza y las calles adyacentes. Todos esos rayos, toda esa brillantez habían oscurecido el cielo y el palacio se destacaba como una aseasona de oro sobre el horizonte de tinieblas.

Atravesado el umbral de la puerta se estaba en un jardín; por todas partes, bajo los pies, sobre los muros, debajo de las bóvedas, había flores, arbustos, grupos de verdura en canastillos, festones y guirnaldas, y en medio de ese Eden había fuentes cuyas aguas frescas y puras saltaban en pilones del mejor gusto. Dícese que todas esas flores costaron la suma de ochenta mil francos.

Todos los salones estaban abiertos, todas las galerías alumbradas. El patio de honor era un salón, pero un salón inmenso, adornado con pinturas y estucos y dorado hasta el techo. Las ventanas del piso superior colgadas de terciopelo purpúreo, y sobre las cuales se apiñaban las cabezas curiosas de las señoras con ostentosos vestidos de baile, completaban el mágico aspecto de aquella circunferencia de flores y de luces. Este salón improvisado sirvió de vestíbulo á la entrada de la reina de Inglaterra; allí la esperaba el prefecto de policía con el alto personal de la municipalidad de Paris y los principales de los convidados. Una doble escalera cargada de rosas conducía á los aposentos superiores.

Pero ¿qué de uniformes en la fiesta! casacas encarnadas y blancas; dragones ingleses, carabineros sardos, húsares austriacos, highlanders, coldstream, artilleros reales, un laberinto de charreteras, bordados, penachos, cintas, cruces y cordones. Un hospodar cargado de oro llamaba las miradas de las curiosas cargadas de diamantes. El Emperador pidió al ministro de la Guerra que le presentara una media docena de jefes árabes, que con su blanco albornoz y su negra mirada se atraían la atención de la concurrencia.

Sus majestades permanecieron poco rato en la fiesta; apenas hubieron roto el baile se retiraron dejando entregados al furor de la danza á los ocho mil convidados que circulaban por aquellas salas.

Dos días después de la fiesta del Hotel de Villa tuvo lugar la de Versalles; esta última fué dada por el Emperador y la primera por el prefecto del Sena. El palacio de Luis XIV restaurado por el rey Luis Felipe y consagrado á las glorias de la Francia, se prestaba admirablemente á los esplendores de una fiesta real por sus recuerdos históricos, por sus vastos museos poblados de estatuas y de cuadros, y por la suntuosidad de sus aposentos. La reina después de

haber visto de cerca todas las riquezas de nuestro tiempo acumuladas en el Hotel de Villa, se halló en presencia de las riquezas artísticas que el arte y el gusto de los dos siglos precedentes legaron á nuestra época.

Es preciso estar familiarizado con los salones, las galerías y los jardines de Versalles para poder comprender el partido que podía sacarse de esta morada regia en una ocasión como la del sábado. Las avenidas del palacio estaban iluminadas con profusión, pero donde esta iluminación se mostraba colosal y radiante era en la fachada; dícese que se habían puesto en ella ciento cincuenta mil vasitos de colores. Por dentro la galería de los Espejos, el teatro de la Opera y los aposentos de los Reyes se hallaban alumbrados con 8.000 bugías y adornados con una abundancia de flores inaudita.

En cuanto llegaron sus majestades se dió la señal al polvorista y volaron por los aires los primeros cohetes de unos fuegos artificiales, cuya pieza principal representaba el castillo de Windsor, la morada predilecta de la reina Victoria. A las diez y media principió el baile, y á las doce estaba servido un espléndido banquete de cuarenta mesas en la sala del teatro.

Aquí como en el Hotel de Villa el Emperador rompió el baile dando la mano á la reina de Inglaterra; en frente estaba la Emperatriz con el príncipe Alberto. La Reina y la Emperatriz estaban resplandecientes de diamantes y vestían un traje de fondo blanco recamado de oro y plata. Desde el tiempo de Luis XIV se había perdido en Versalles la memoria de fiestas semejantes.

La representación del gran teatro de la Opera ha tenido también su parte de magnificencia. Excepto los poseedores de un corto número de billetes que se vendieron rápidamente días antes, nadie podía presentarse en el teatro sin una esquela de convite procedente del ministerio de Estado ó de la casa del Emperador, las señoras con traje de baile y los hombres de frac negro y corbata blanca. Los especuladores, como era de esperar, se apoderaron de los pocos billetes que se concedieron al público, y hubo puestos de patio que se vendieron á treinta pesos fuertes.

Llegada la noche, el espectáculo principió en las cercanías del teatro. Bajo la bóveda del arco de triunfo elevado en medio del boulevard por los artistas de la Opera, se había colocado una araña de ocho metros de altura sobre seis pies de diámetro, compuesta de cinco mil vasitos de colores. La calle Lepelletier estaba alumbrada á giorno con linternas venecianas y prismáticas; una larga línea de fuego corría sobre la cornisa del peristilo, y un crecido número de triángulos inflamados vertían torrentes de claridad sobre la fachada del teatro. En la puerta principal, el vestíbulo y la escalera formaban en dos hileras los cien guardias, que también se podían llamar los cien gigantes, cuyos cascos y corazas rompían y parecía que aumentaban los fuegos de las iluminaciones interiores. El teatro se hallaba desconocido: habíase formado un palco imperial coronado con un dosel de terciopelo carmesí con flecos y borlas de oro de un aspecto rico é imponente.

Cuando la corte se presentó en el palco, la orquesta entonó el *God save the Queen* que la reina de Inglaterra escuchó de pie, y luego principió el intermedio. Pero ya no hay mas que decir; el espectáculo no estaba en la escena, y los artistas cantaron y bailaron aquella noche ante un público que les volvía la espalda. — La representación de la Opera-Cómica se efectuó también con igual aparato.

La Reina ha hecho una visita á la Exposición de Bellas-Artes y dos al palacio de la Industria; las últimas fueron largas. Los que compraron billetes de temporada, esto es, billetes válidos hasta el fin de la Exposición, única manera que había de penetrar aquellos días en el palacio, fueron bastante numerosos para llenar los inmensos salones donde están expuestas todas las maravillas del arte y de la industria humana. Y sin embargo, á cierta hora se cerraron las puertas temiendo que no quedara un sendero practicable para sus majestades.

Dícese que en su última visita la Reina gastó un millón de francos, la asignación de un día, pues parece que la Inglaterra enviaba por extraordinario esa cantidad diariamente á su augusta y graciosa soberana. La Reina se detuvo á examinar muchos productos, y entre los objetos que mas llamaron su atención se cuenta un precioso abanico de marfil y de oro, cuya hoja, pintada por un artista de primer orden, representaba un rasgo de beneficencia de la emperatriz Eugenia, cuando era niña. Aquella misma noche este precioso recuerdo estaba en su aposento en Saint-Cloud donde le había mandado llevar el señor ministro de Estado.

En la tarde de este último día pasado en el palacio de la Industria, hubo una gran revista de 40.000 hombres de tropas de infantería, caballería y artillería en el Campo de Marte. ¿Cómo una reina, que al cabo y al fin pertenece al sexo femenino, puede resistir á tan largas fatigas? ¿Cuántas simples mortales se rendirían al cabo de cuarenta y ocho horas de vida semejante! Comidas de toda gala, representaciones de gran aparato; recepciones, discursos, bailes y paseos á guisa de descanso. Divertirse todos los días y todas las noches, aunque solo sea durante una semana, es dar muestra de no poco valor moral y físico.

La muchedumbre sí, la muchedumbre tiene piernas que la ciencia no ha estudiado suficientemente todavía. Horas y mas horas de inmovilidad, de apreturas y de paciencia, nada ha sido capaz de cansar la curiosidad de tantos habitantes de tantos países aglomerados dentro de Paris en la última semana. Hace ocho días que no se duerme en Paris: de día se contempla y se admira, de noche se pasea; se ha suprimido el sueño en virtud del mismo programa que ordenaba los regocijos públicos.

A eso de las doce de la noche se ve en el boulevard tanta gente como hay en los lugares de provincia en un día de feria; cuando no se queda obstruida la circulación podemos

darnos por satisfechos. Esa es la hora de los sorbetes, y podemos asegurar que se toman ahora aquí con tanta profusión como en España ó en Italia. Las mesas de los cafés tienen invadidas las aceras: se ignora donde esconde Paris tanto dinero como gana.

Las parisienses están locas de contento con este género de vida, pues la parisiense aborrece el sueño; solo la noche es para ella una cosa útil y tan excelente como es aborrecible la mañana: si de ella dependiera, el día principiaría sin transición á la una de la tarde, y así acabaríamos de una vez con esa vieja Aurora demasiado cantada ya por los poetas.

Pero una consideración deliene á las mas previsoras: — ¿Si se suprimiera la mañana, dicen, cuando dormiríamos? Este trastorno en las costumbres provoca lances divertidos.

El jueves último, dos jóvenes, dos amigos se encuentran en el boulevard á la hora en que cada cual trata de darse maña para alcanzar una comida en una fonda, tarea mas que difícil en los tiempos que corren. El uno habita en Paris y el otro en Burdeos. El parisiense estaba convidado y por consiguiente no puede acompañar á su amigo.

— ¿Cuándo nos veremos? pregunta el provinciano.

— Mañana, responde el parisiense.

— ¿A qué hora?

— Entre una y dos.

— ¿En dónde?

— Aquí, delante del pasaje de Panoramas.

— Pues hasta mañana.

— Hasta mañana.

Al día siguiente se cruzaban dos cartas; la primera decia lo siguiente:

« Ya te conozco, parisiense; habria debido acordarme que el olvido habita en las márgenes del Sena. Me diste una cita delante del pasaje de Panoramas, te esperé hasta las tres, y no te ví llegar; sin embargo, te perdono. »

Hé aquí el contenido de la otra:

« Debias haberme prevenido que en Burdeos se usan estas bromas. Me habias dicho que estarias entre una y dos en el boulevard delante del pasaje de Panoramas; te esperé hasta las tres, y cansado ya á eso de las tres y media abandoné la plaza. Me debes cuatro sorbetes que pagué á cuatro amigos mientras te esperaba. »

Y ambos tenían razon para quejarse; pero sucedió que el bordelés llegó á la cita entre una y dos de la tarde, mientras el otro acudió á ella á la misma hora de la madrugada.

No queremos concluir sin un cuadrito estadístico muy curioso. Se ha calculado que el viaje de la reina de Inglaterra ha traído á Paris un refuerzo de 200.000 almas, lo que elevaria el total de gente extraña entre provincianos y extranjeros á 600.000, y la población general actualmente en Paris á 1.800.000 almas. Si no hubiera mas que las almas, como dice la estadística en su espiritualismo rutinario, no tendríamos caso, pero lo que embaraza aquí es el cuerpo de cada una de esas almas. Así la habitación y el alimento se volvieron cosas fantásticas en Paris durante la última semana; la gente durmió al acaso y comió sabe Dios de qué manera. — Pero aquí concluirémos hoy y nos despediremos hasta el próximo número, pues el asunto abunda en pormenores.

MARIANO URRABIETA.

ROMANCE.

En un mirador morisco
Estaba la hermosa Zaida,
El pecho en el barandal
Y los ojos en la playa.
Y al ver las inquietas olas,
Viva imágen de su alma,
Dió al viento sentidas quejas
Y al mar lágrimas amargas.
Allí vió en un día aciago
Una galera cristiana,
Que se llevó para siempre
Su ventura y su esperanza.
Allí vió al cautivo libre
Pronto á tornar á su patria,
Al que trajo un corazón
Y vuelve con dos á España.
A aquel que en el bano viera
En sus días de desgracia,
Días de gozo y de dicha
Para el pecho que le ama;
A aquel que al partir la nave
Cortando del mar las aguas,
Oyó un dolente suspiro
Que un corazón le llevaba.

Todo esto piensa la mora
Reclinada en la ventana,
Que está viviendo sin vida
A un tiempo libre y esclava.

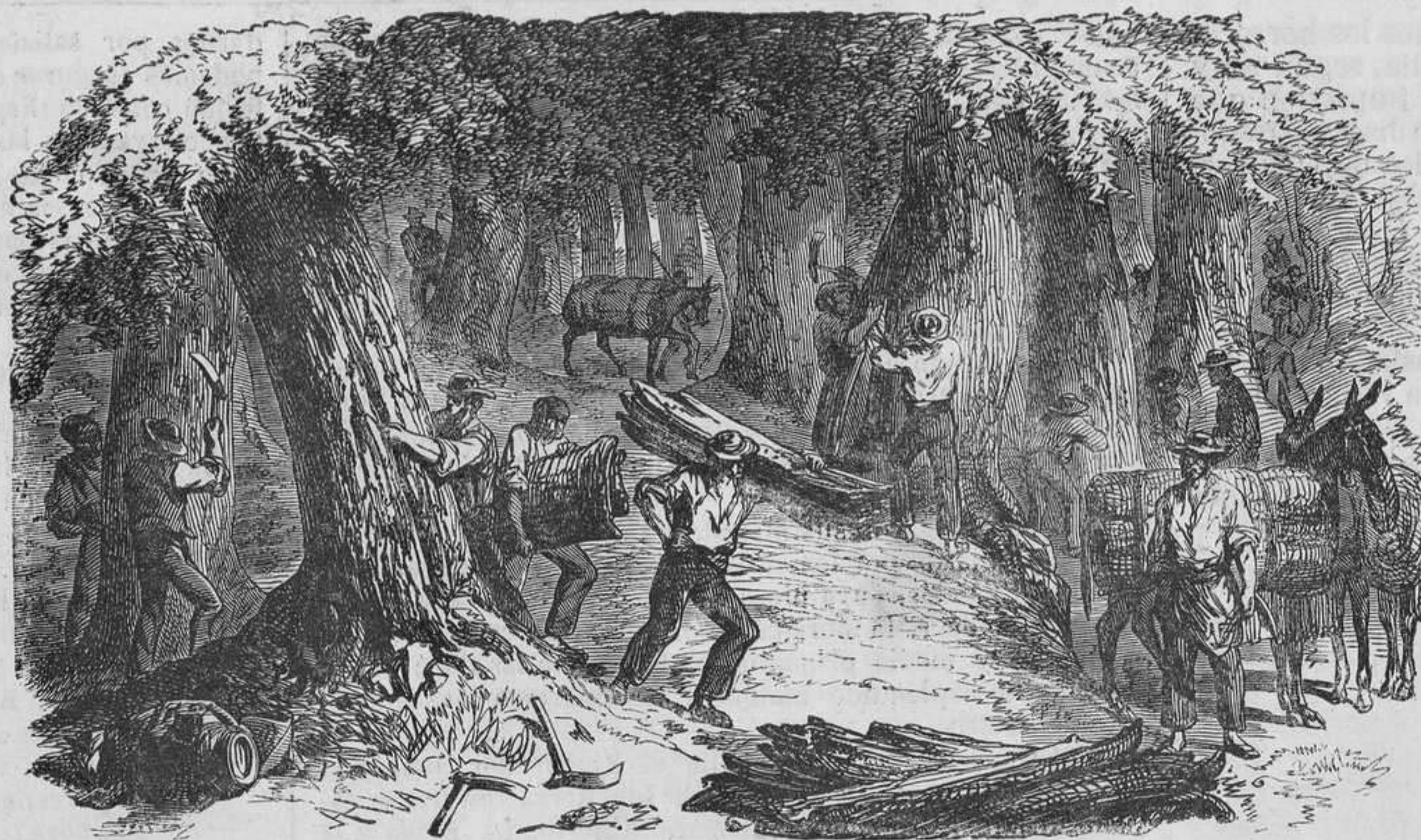
José GONZALEZ DE TEJADA.

Explotacion del corcho

Y FABRICACION DE TAPONES.

Todo el mundo conoce el corcho y los tapones, pero como entre las personas que los ven y los tocan diariamente hay pocas que conozcan su fabricacion, creemos de algun interes el publicar las particularidades de una industria que figura honrosamente en la Exposicion Universal, aun cuando sus productos se desdenn en cuanto han cesado de llenar su oficio conservador de los liquidos.

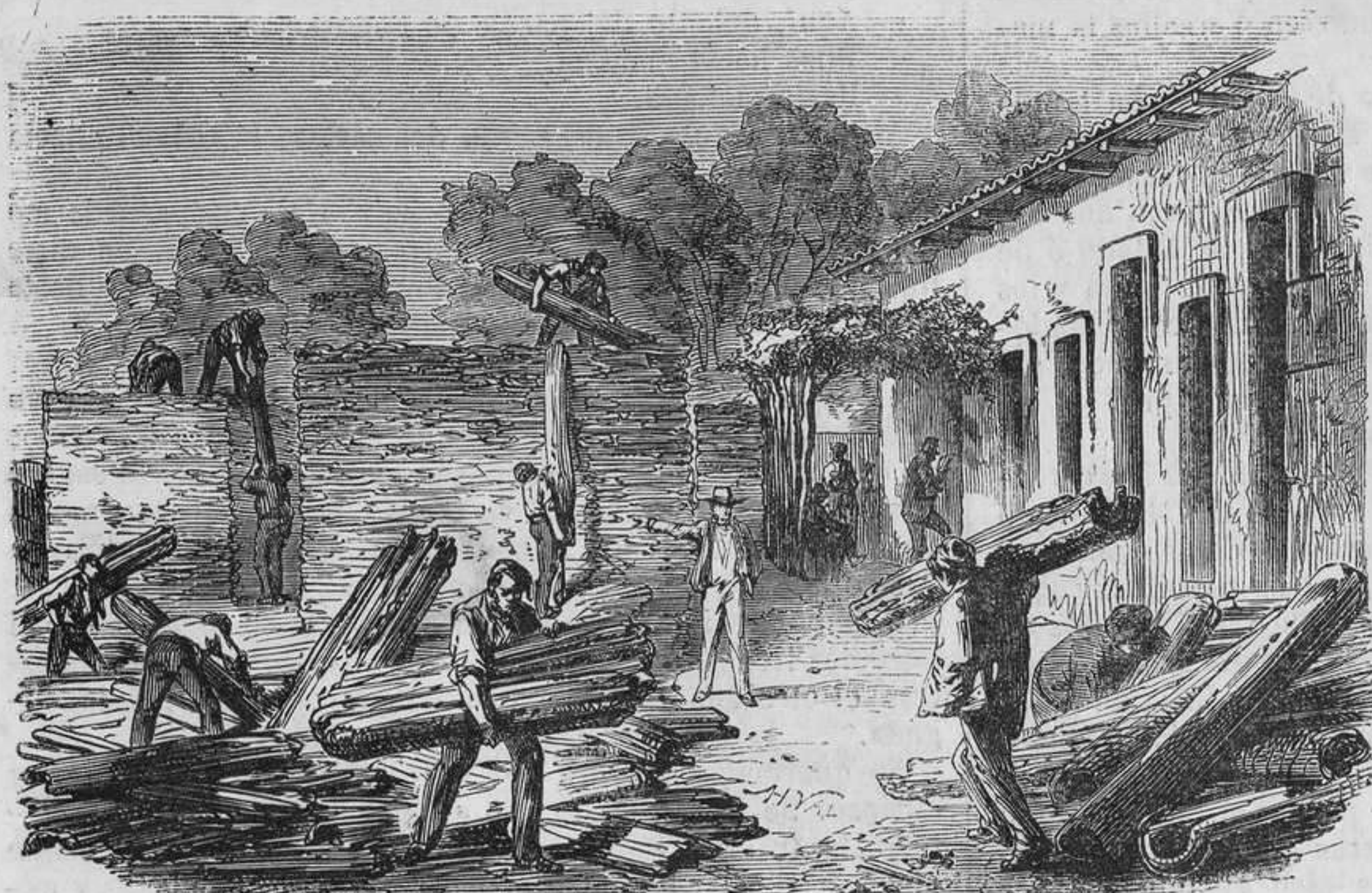
El alcornoque es un árbol de la especie de la encina y de porte majestuoso, que no le cede en nada al último árbol en cuanto á su forma y sus gigantescas proporciones; la bellota que produce es mas estimada que la de la encina porque encierra



Explotacion de los bosques de alcornoques.

mayor cantidad de elementos nutritivos, para la alimentacion de los animales. Este árbol crece lentamente y vive muchos siglos sin deber nada á los socorros del arte; viene naturalmente en los terrenos no calcáreos. Rara vez se le ve mas allá del 43 grado de latitud Norte; en Francia se ve en seis ó siete departamentos, pero donde existe en gran abundancia es en España, en Valencia, Extremadura y sobre todo en Cataluña, donde forma una industria muy interesante. En Francia solo se explota en tres departamentos: los Pirineos Orientales, el Var y el Lot y Garona.

La industria principal que se debe á este árbol, no ha tomado serias proporciones en el departamento del Var, sino hace cuarenta años, y aun hay muchos hacendados que ignorantes de



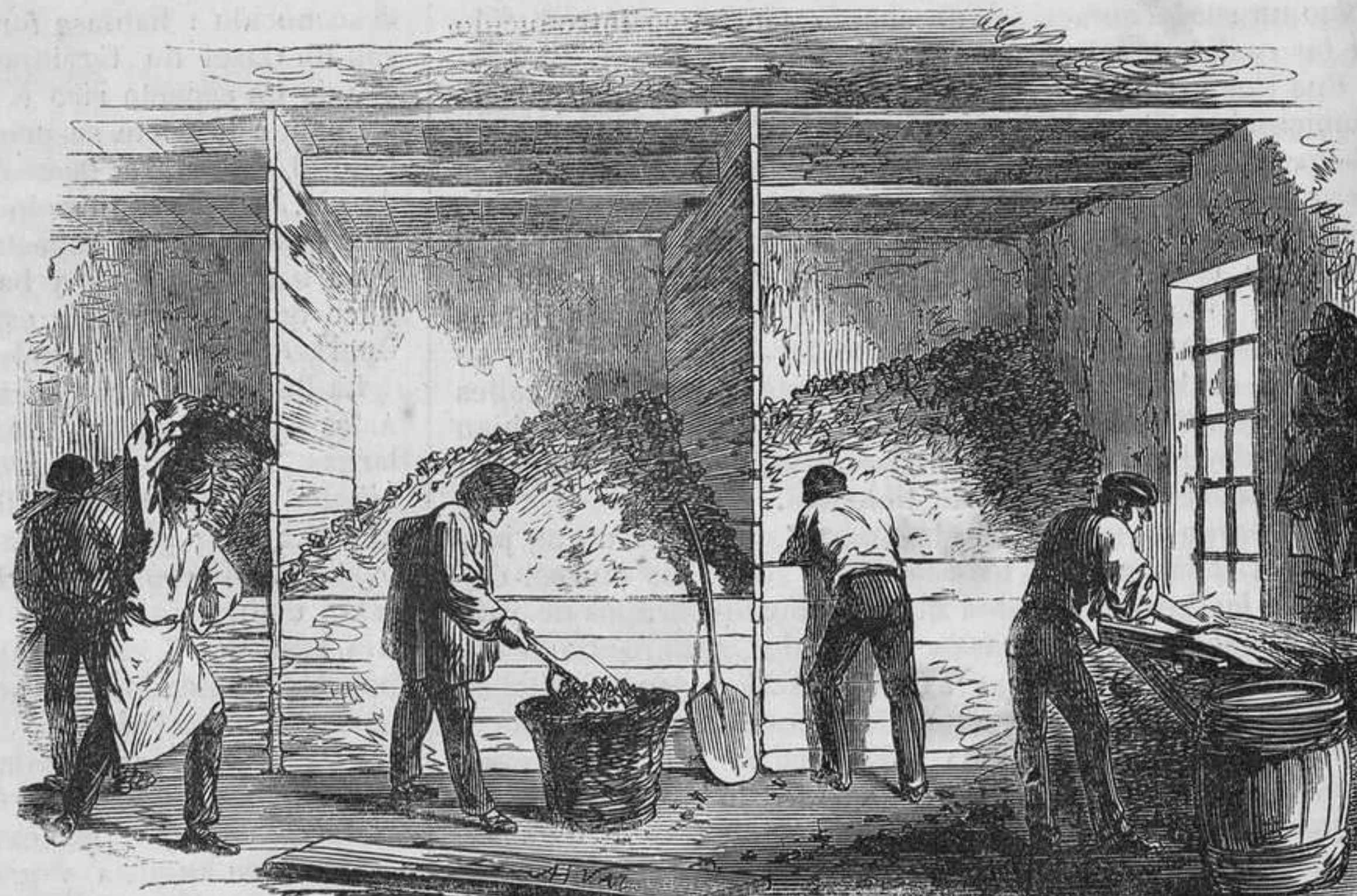
Almacenaje de las cortezas cuando llegan del bosque.



Calderas en donde se cuecen las cortezas.



Taller donde se afilan los cuchillos para cortar el corcho.



Taller donde se cortan las bandas de corcho.

su valor sienten haberle confundido durante largo tiempo con la leña para calentarse. Los bosques de alcornoques del Var dan hoy dos millones de francos, y este producto es sin contradiccion la renta mas sólida que en él se conoce.

Aunque los alcornoques no sean insensibles al cultivo y al abono, es sin embargo digno de notarse que los que nacen, crecen y prosperan en los terrenos áridos, arenosos ó pedregosos producen calidades de corcho tanto mas superiores cuanto mas lento fué su desarrollo.

La Córcega y la Cerdeña poseen tambien muchos bosques de alcornoques, cuyo producto sin embargo, no ha dado hasta ahora grandes resultados por las dificultades de explotacion en la Córcega, y en la Cerdeña por el derecho prohibitivo á que están sujetos los corchos extranjeros.



Obreros cortando bandas y pedazos cuadrados.

El Africa promete buenas calidades de corcho cuya importancia puede llegar á ser inmensa, pero cuya exportacion presenta tambien en esos bosques inaccesibles varios obstáculos que alejaron largo tiempo aun á los explotadores espantados por los precios enormes de su limpieza y el temor de las calenturas y de las fieras.

En el departamento del Var los bosques de alcornoques toman un desarrollo tanto mas considerable cuanto que el árbol despojándose á la voluntad de su amo y suministrándole constantes recursos sin cuidados ni trabajo, ha llegado á ser para su dueño objeto de un respeto particular.

Pasemos ahora á los pormenores de la industria á que da origen este árbol precioso.

El alcornoque está en savia desde principios de mayo hasta



Taller donde se redondean los taponos.



Mujeres escogiéndolo los taponos.

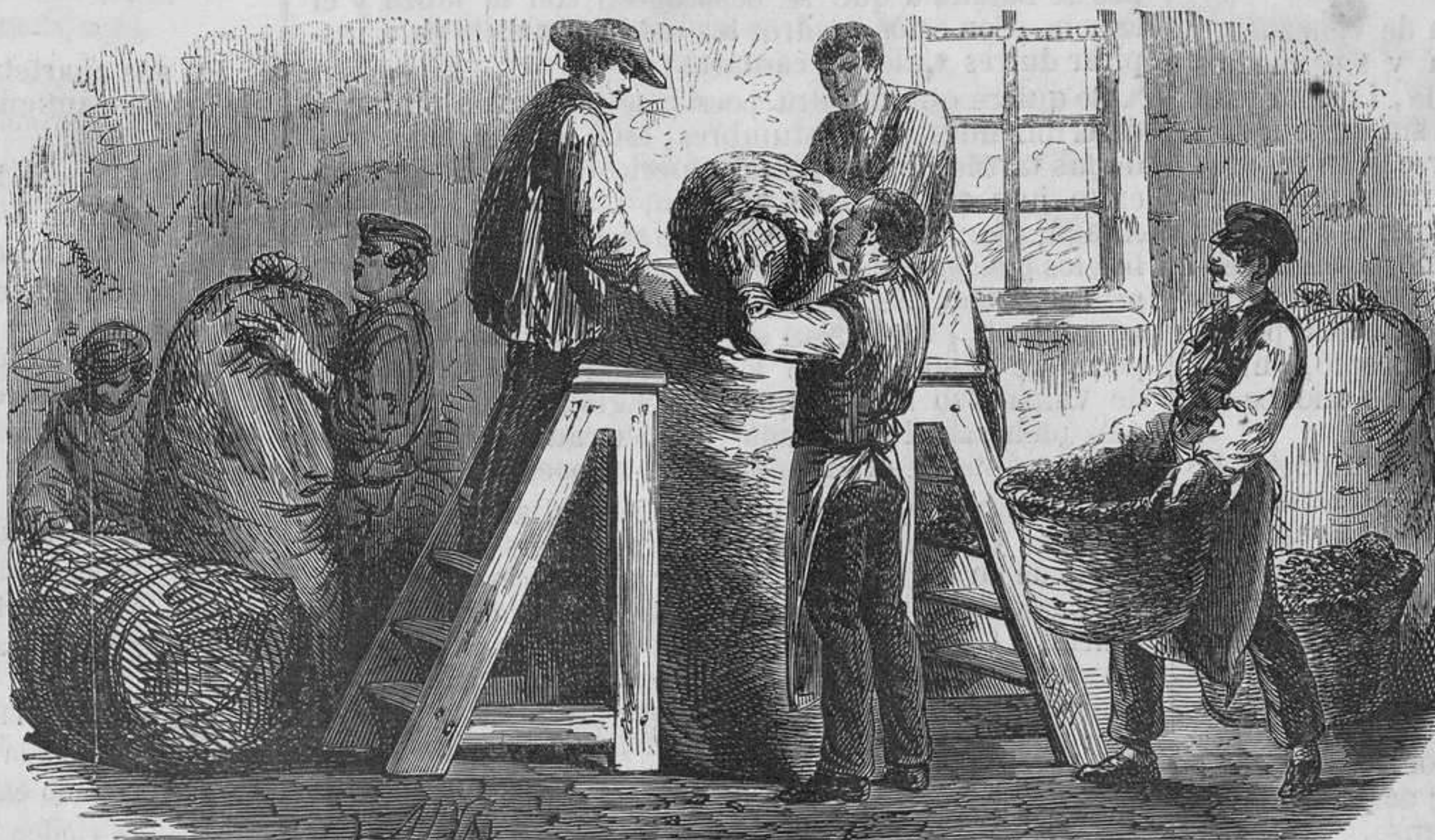
fines de setiembre, época en que puede arrancarse la corteza sin perjudicar al árbol; pasado este momento su trabajo está concluido y el crecimiento de su corteza sufre una suspensión que se nota en todos los pedazos de corcho por una línea de demarcación a cuyo beneficio se pueden contar los años que quiso conceder el dueño á ese crecimiento. En el departamento del Var se deja crecer el corcho de siete á diez años segun el trabajo mas ó ménos lento del árbol; pero el crecimiento del corcho se halla basado siempre para la explotación ordinaria en unos tres centímetros, y cada año la corteza se aumenta con unos tres milímetros.

El árbol se despoja con un instrumento cortante que abre la corteza de arriba abajo, y sobre dos partes casi iguales que se abren al menor esfuerzo y, que forman la placa de corcho. Estas placas que se transportan penosamente en recuas de mulas antes de ser entregadas al fabricante de taponos que toma posesion de ellas, suiren un trabajo preparatorio que se llama *rascadura*, y que consiste en quitar con una hacheta la parte exterior y leñosa del corcho.

Llegado á la fábrica el corcho es sometido durante tres cuartos de hora en una caldera á una ebullicion para ablandarle, para que pierda su convexidad, se apiaste sin abrirse y esté mas suave para el trabajo. Amon-tonado despues en una cueva húmeda, es entregado á los trabajadores que le cortan por bandas iguales y de una longitud determinada. Estas bandas que se recortan luego en pedazos pequeños, se meten de nuevo en agua caliente, y se llevan á las



Contador portátil donde se apartan los taponos.



Obreros llenando fardos despues de la fabricacion.

cuevas donde los trabajadores los toman para redondearlos y entregarlos bajo su última forma de taponos. El corcho, reducido de este modo, sufre independientemente del desperdicio causado por la raspadura, una pérdida de 75 por ciento: 100 kilogramos de corcho no dan mas que un producto de 25 kilogramos de taponos. Fácil es comprender que esta reducción casi equivale á una prohibición de exportación. Los 27 kilogramos de desperdicio forman un mal combustible, casi sin valor.

Los leñadores que se consagran á la extracción del corcho, son los que se encargan generalmente de la operacion de la raspadura; se juntan por cuadrillas bajo la dirección de un capataz que hace y deshace con el dueño; estos leñadores ganan de 3 á 4 fr. por día; los trabajadores que cortan el corcho ganan de 30 á 35 céntimos por mil, y hacen sobre diez ó doce mil cuadrados por día; los que le redondean ganan 1 fr. 50 céntimos por mil y cada obrero produce por término medio unos quinientos taponos diarios; el jornal es de 75 céntimos para las mujeres encargadas de escogerlo y de 2 fr. y medio para los hombres que los arreglan en los sacos.

La fábrica mas notable y mejor dirigida del departamento del Var es la que pertenece á M. Eugenio Gallice. Este interesante establecimiento de donde están copiados los dibujos que damos con este artículo, da ocupación á ciento cincuenta padres de familia y produce taponos cuyo grueso diametral varia entre dos milímetros y doce centímetros y cuyo precio sigue una progresion de 30 céntimos á 300 fr. el mil. G. F.



Obreros apretando los taponos en los fardos.



Obreros atando y pesando los fardos.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

ABIGAIL LOZANO.

Vamos hoy, mas que á hacer la biografía del jóven poeta cuyo nombre encabeza este artículo, á transcribir algunas de las bellísimas estrofas, que tanto honor le han granjeado aun en los círculos literarios de la Península.

En medio de las convulsiones que agitan á la jóven América, y á pesar de la atracción irresistible con que las inteligencias privilegiadas de aquella region tienden á las discusiones ardientes y apasionadas de la política, es prodigioso ver el vuelo que ha tomado la poesía; no obstante la carencia de cátedras de literatura y de los ningunos estímulos que se ofrecen á los que consagran algunos de sus ocios al culto de las Musas.

Las principales carreras que en la América española se abren delante de los jóvenes que pueden dedicarse al estudio, son las de juriscónsultos, médicos, teólogos ó militares. El que nace con verdadera inspiración, y que como Ovidio promete en verso no volver á versificar, encuentra al principio á esos que Byron llamaba *porteros de la gloria*, que lo saludan con la crítica mas injusta y apasionada, y obtiene luego cuando mas el honor de ver sus poesías impresas en la hoja fugaz de algun periódico, leído por pocas personas. Y sin embargo de que no tenemos ni academias que premien, ni liceos que coronen, ni teatros en que se exhiba el autor en medio de una brillantísima ovación: los jóvenes se dedican con empeño á las letras, é impulsados por el númen que los inspira, cantan, y sus cantos tienen ora la dulzura del ruiseñor que enamora, ora la apacible serenidad del agua que murmura, — ya la melancólica tristeza de la alondra que gime por la ausencia del sol, — ya la audacia é impetuosidad de la cascada que mugidora se despeña.

ABIGAIL LOZANO es uno de éstos jóvenes llenos de inspiración y de genio, que sintiendo mas que otros ese *demonio interior* de Séneca, de Sócrates y de Platon, no pueden vivir de esa vida comun y vulgar compuesta solo de goces materiales y de pensamientos terrenos, y tienen que remontarse de las miserias humanas á las perfecciones celestes, y desvelar un tanto ese mundo de idealismo, de encantos y de inefable dicha, que nunca llegan á columbrar los ojos de los profanos, — de esos que mas tienen una alma sensitiva que racional.

Lozano nació en Valencia (República de Venezuela), por los años de 1823. Pobre su familia y sin medios para procurarle una educación literaria, Lozano pasó bien niño á Puerto Cabello, y aunque sin instrucción de ninguna especie, empezó á granjearse gran reputación en el lugar donde vivía, por las sentidas notas que hacia producir á su lira. Una de sus primeras endechas fué enviada al Redactor del « Venezolano, » señor Leocadio Guzman, quien seducido por la armoniosa versificación del bardo valenciano, y mas que todo por la belleza de la forma y lo sublime del concepto, publicóla en su periódico, que por aquel tiempo andaba en boga.

« El Venezolano » fué el escabel del jóven poeta. Al leer su bella poesía, los venezolanos le saludaron con entusiasmo, y las hermosas hijas del Avila se apresuraron á regar flores sobre la senda que iba á atravesar el cisne del lago de Tacarigua.

El señor Guzman invitó á Lozano á que le ayudase en la parte literaria de su periódico, y este aceptó; habiéndose trasladado á Carácas con el auxilio que le prestó su amigo el señor F. V. Maitin. A poco tiempo, no aviniéndose las ideas políticas del poeta con las del Redactor del « Venezolano, » dejó aquel de prestarle su colaboración. Libre de todo compromiso, se asoció Lozano á otros jóvenes y empezó la publicación de un periódico literario titulado « El Album, » y mas tarde la de otro que llevaba por nombre « Flores de Pascua. »

Los Editores de « La América Poética » no podían olvidar las bellas poesías de Lozano, y adornaron con ellas sendas páginas de aquel interesante libro. Al tiempo que se hacia esa publicación, Lozano daba á luz en Carácas un tomo de sus versos constandingo de cincuenta y dos composiciones, y con el título de « Tristezas del alma. » Este libro extendió la fama del autor llevando su nombre hasta la patria de Calderon y de Lope. En una colección de poesías selectas castellanas publicadas en Madrid en 1847, figura una composición de Lozano á Bolívar, composición que ha merecido justas y grandes alabanzas.

A las « Tristezas del alma » siguieron las « Horas de martirio; » y su publicación confirmó cuán merecido era el título de poeta con que Venezuela apellidaba á Lozano.

El poeta resolvió dejar á Carácas: una historia de amor, de intenso amor, que él nos refiere en sus apasionadas estrofas de la « Nereida del Anauco, » lo llevó lejos del teatro donde habia exhibido su brillante genio y donde tantos aplausos se le habian tributado. Lozano podia decir con Zorrilla:

« Es una historia solamente mia,
Cual otras muchas que á la par se ignoran. »

Y como es *solamente de él*, no seremos nosotros quienes vayamos á descórrer, sacrilegos, el velo de ningun corazon, y ménos del de un trovador.

Lozano se dirigió á San Felipe, y al cabo de algun tiempo se casó allí. Los deberes de su nuevo estado no fueron parte á entibiar en él su amor por la poesía, á la cual ha continuado tributándole el culto mas ferviente. Un nuevo tomo de poesías intitulado « Suspiros del desierto » vino á aumentar la celebridad del bardo valenciano.

Se le ha criticado á Lozano el que haga vibrar mas la cuerda de su lira que produce sonidos de soledad y desconsuelo, que las que producen alegría, contento, entusiasmo. Pero ¿por ventura el hombre llora riendo, y rie llorando? ¿llora y rie cuando quiere? Las penas han seguido á Lozano desde su cuna, y por esto ha tenido que cantar como la alondra, porque el hombre no puede á su grado estar alegre cuando el corazon está anegado en el dolor; puede fingir ciertos sentimientos, pero el artificio se descubre pronto. Las poesías de Lozano son muy bellas, muy melancólicas, muy enternecedoras, para que ellas no sean el eco fiel de su alma saturada de pesar.

Es muy comun oír decir á ciertas *notabilidades* de la América: « ¿Porqué nuestros poetas nos atormentan con tantos gemidos, remedos frios de la poesía del viejo mundo, ó parodias de las desesperaciones rimadas de la escuela de Byron, cuyas tristuras y arrebatos ningun eco pueden tener en esta parte del mundo en que todo es nuevo, todo vigoroso y lleno de esperanzas? Canten ellos nuestras bellezas naturales, las tradiciones y usos de nuestros pueblos y las hazañas de los héroes de nuestra independencia. »

Cantar tristemente en la América, es una ridiculez, una impertinencia! Alto ahí, señores. ¿Por ventura el bardo de la América española no está sujeto á las mismas penas y dolores que los poetas de la vieja Europa? Quereis que los bardos americanos no entonen sino himnos y dulces idilios, y olvidais que ellos, nutridos con las ideas mas avanzadas de la civilización actual, viven en pueblos enclavados en medio de montañas elevadísimas, rodeados de espesísimos bosques, separados unos de otros por terrenos llenos de rocas y precipicios, cortados por rios inmensos en donde no hay sino piraguas, etc., etc.; olvidais que ellos gimen al ver á nuestros pueblos sencillos é inocentes ser el juguete y escabel de algunos intrigantes, que en vez de contribuir á civilizarlos y procurarles sacar todas las ventajas de esos países ricos y llenos de porvenir, solo tienden á desmorazarlos, á abusar de sus buenos sentimientos, á halagarlos con los dulces nombres de Libertad y Derechos, para conducirlos luego á los campos de batalla á que se despedacen con la lanza y el cañon. ¿Son estos cuadros los mas á propósito para inspirar dulces y alegres cantares?

Se quiere que nuestra poesía se reduzca á pintar, á describir nuestras costumbres; esta es, sin duda, una de las tareas de los poetas americanos, tarea que con éxito han emprendido Hidalgo, Hazaesubi, Pardo y Aliaga, etc.; pero los poetas que se limitaran á describir los *gauchos* de las pampas, en una parte, — los *lépero* en otra, los *orejones* en esta, — los *llaneros* en aquella, etc., no harian sino ocuparse en un ramo especial de la poesía, que los Editores del « Mercurio » de Valparaiso han llamado la Egloga americana; y qué deberían los trovadores americanos desdenar absolutamente los otros géneros de la poesía?

Sin embargo, Lozano no se ha limitado á exhalar suspiros y á pintarnos en bellísimos versos las amarguras de su corazon; en sus obras poéticas se encuentran cantos valientes y patrióticos á Bolívar, á Ricaurte, á Girardot, á Villapol, á Paez, etc.; así como poesías llenas de pensamientos delicadísimos, de imágenes atrevidas, de descripciones pintorescas y exactas: tales son, por ejemplo, aquellas á la *América*, á *Puerto Cabello*, á la *Fior de Mayo*, al pájaro que apellidan « Ya acabó. » También en sus « Tristezas del Alma, » como en sus « Horas de Martirio, » se encuentran algunos cuadros dramáticos, que revelan las altas dotes que adornan al autor y su facilidad en todos los géneros de la poesía.

Las poesías de Lozano están impregnadas de una dulce melancolía, y revelan un espíritu creyente, filosófico y contemplativo. Sus versos son fáciles, flúidos y armoniosos, y su dicción correcta y castiza. Lozano, como la mayor parte de los poetas americanos, á veces ha cometido faltas ligeras en el silabeo, lo cual disminuye la sonoridad del verso; en ocasiones tambien, á ejemplo de Espronceda, en una composición toda de consonantes, se ha tomado la libertad de introducir asonantes. Estos defectos han desaparecido en sus últimos versos, que son mas correctos, mas flúidos y variados.

Para terminar este somero artículo biográfico, vamos á transcribir algunas de las estrofas del poeta valenciano; y siguiendo nuestro propósito, nos abstenemos de entrar en observaciones detalladas acerca del mérito particular de cada composición. El lector juzgará.

En una poesía intitulada « Yo no puedo esperar, » dice el poeta:

Cuando vine á la tierra hallé bordada
De lágrimas mi cuna dolorida:
Quise gemir; mas en el pecho ahogada
Quedó mi voz de niño adormecida.

Hoy cuando el eco lleva á los oídos
El vago arrullo de mi pobre canto,
Oigo una voz que dice á mis quejidos:
« Rie, cantor: nos cansa ya tu llanto. »

Te escucho, sociedad...; mas si te cansa
Que en mi laud con mi pesar delire,
Alza ante mí la luz de la esperanza,
O dame un corazon que no suspire.

Lloraré mal que los hombres
Me pidan alegres cantos;
Aunque á mis negros quebrantos
Les den sarcásticos nombres
Por ludibrio de mis llantos.

Ellos no saben tal vez
Que hay pesares en el alma
Sembrados en la niñez;
Lánguidos como la palma,
Lúgubres como el ciprés.

Oyen al pobre proscrito
Y no quieren comprender,
Que sus cantos son un grito
Porque en su cuna halló escrito:
« Maldición sobre tu sér. »

En su adios á Puerto Cabello, se encuentran las siguientes estrofas:

Opreso el corazon, muda la lengua,
Abandono tu suelo pintoresco;
Mendigo trovador solo te ofrezco
Mi vago y melancólico cantar...

Tus auras no mecieron de mi cuna
El primer y fatídico gemido;
Niño vine hasta aquí: niño he crecido,
Y conmigo mi incógnito pesar.

En vano lo he cantado!... que en mis labios
La sordisa amarguísima que viste,
Tú, libre de dolor, no la entendiste,
Sordo al hondo suspiro de mi afán.

Y en tanto que apuraba mi tormento,
De tu mar ocupado y de tus naves,
Cruzaron mis cantares cual las aves
Que á un desierto arrojara el huracán.

En sus cuartetas á la Noche, brilla por la delicadeza de los pensamientos.

El ángel de la tarde en la pradera
Con un beso de paz durmió las flores,
Y del bosque los dulces trovadores
Le rindieron su cántiga postrera.

Huyó la luz... las sílfides nocturnas
Rápidas cruzan el dormido viento
Vertiendo sobre el mundo soñoliento
El opio blando de sus negras urnas.

Huyó la luz... Sobre sus blancas huellas
El ángel de la noche se adelanta,
Y sobre el éter diáfano levanta
Su toldo azul de pálidas estrellas.

El mar, la fuente, el pájaro salvaje,
La blanda brisa, el renco torbellino,
Cuando empiezas, oh noche! tu camino
Te rinden tu selvático homenaje.

Lozano pinta así á la América:

Ceñida de jazmin y enredadera
Y entre viejas montañas escondida,
Pasa su blanda y perezosa vida
Una tierra bellísima, un jardín.

América unos hombres la llamaron,
Y sus hijos despues lo repitieron;
Sus moradas sobre ella suspendieron,
La sílfide, la fada, el serafín.

Las auras de sus bosques centenarios
Mecen los mil jardines de su frente,
Y un aroma purísimo, inocente,
Se desprende al columpio virginal.

Ciñen su inmensa frente por diadema
Ejércitos de palmas cimbradoras,
Altivas y caducas moradoras
Del desierto y del tórrido arenal.

Descienden en vistosos torbellinos
De transparentes perlas sus cascadas,
Y bordan las corolas perfumadas
De la campestre y olvidada flor.

Pueblan sus altos robles y sus ceibas
En bandos pintorescos los turpiales,
Y ostentan los mitrados cardenales
La púrpura de Tiro en su color.

Las deidades del mar visten sus playas
De caracoles, conchas y corales,
Que ostentan sus desiertos arenales
Como un cinto de perlas y rubí.

Encaje pintoresco y ondulante
Con que adorna su vírgen vestidura,
La casta, kermosa, celestial y pura
Tierra de los ensueños de alefí.

Un cielo azul, benigno, trasparente
De nubes de oro y nácar tachonado,
Y en sus noches de amor, engalanado
Con millares de estrellas por do quier,

Es el todo magnífico, esplendente,
Que con tierna y bellísima sonrisa
Tiende en las alas de la mansa brisa
El ángel de los sueños y el placer.

Los ojos de sus bellas son de fuego
Sus miradas fascinan y enloquecen;
Descarriados arcángeles parecen,
Que descendieron en su vuelo aquí.

Sus morenas mejillas, sus melenas,
Sus senos voluptuosos, palpitantes,
Del corazón arrancan delirantes
Mil suspiros de ardiente frenesí.

Copiamos por su valentía y sublimidad las siguientes estrofas de su poesía á Dios :

Señor, en el murmullo lejano de los mares,
Oí de tus palabras la augusta majestad,
Oílas susurrando del monte en los pinares
Y en la de los desiertos callada soledad.

Tu voz cruza en las brisas y en el perfume leve
Que brota á los columpios de la silvestre flor;
Tu sombra entre las aguas magnífica se mueve,
Tu sombra que es tan solo la inmensidad, Señor!

Tú diste á la esperanza las formas de una fada,
Purísima inocencia le diste á la niñez;
Si diste sed al hombre, le diste la cascada,
Si hambre, en cada espiga la aprisionada miés.

Y el niño y el anciano te llaman en su cuita,
Y acaso en sus delirios el réprobo también;
Te llaman los lamentos de la viudez proscrita
Y el trovador que llofa « Jehová, te dice, vén. »

Tu nombre en el espacio lo escriben los cometas
Con cifras misteriosas que el hombre no leyó;
Porque jamás supieron ni sabios ni poetas
El inmortal arcano que en ellas se encerró.

El patriotismo del señor Lozano se exhala así en los siguientes versos á Bolívar :

El viento de la envidia tempestuoso
Ronco rugió sobre tu egregia frente,
Mas no pudo su soplo maldiciente
Tu inmarcesible lauro desgajar.
Cuando un siglo ya trémulo y caduco
Vaya á exhalar su aliento postrimero,
Dirá al que nace : — Guarda ese letrero
Santo nombre de un héroe tutelar.

Y cuando todos ellos confundidos
Rueden á sepultarse en el espacio,
Entre nubes de incienso y de topacio,
Le llevarán en triunfo hasta el Señor.
El grabará su nombre en el gran libro
Donde miran sus nombres los patriarcas,
Y en sus excelsas, inmortales arcas
Escribirá también — LIBERTADOR.

Seco ya de la vida el ancho río,
Vuelta la tierra al primitivo caos,
Dirá una voz de trueno — Levantaos!
Y una palma en los mares se alzará,
Sobre su eterna y solitaria copa
Una blanca paloma de los cielos,
De la tiniebla entre los negros velos
Tu nombre y tus hazañas cantarás.

Dios llamará á su arcángel favorito,
Le enseñará una extraña melodía,
Para que arrulle el sueño que te envía
Sonreído de amor en su dosel...
Tu porvenir, Bolívar, son los tiempos,
Las coronas de un Dios son tus coronas;
Y el inmenso raudal del Amazonas
Las aguas que fecundan tu laurel.

En sus octavas á Napoleon, Lozano es muy feliz ; se expresa así :

Aguila del desierto cuyo nido
Fueron las borrascosas tempestades,
Flamífero cometa suspendido
Sobre el cielo sin fin de las edades :
Tú que en el lago inmenso del olvido
Has lanzado tus régias claridades,
Dios caído del trono de los dioses...
¿Quién recibió tus últimos adioses?...

No fueron las pirámides que oyeron
De tus pasos el ruido y se inclinaron,
Ni las aguas del Nilo que te vieron
Y en sus ondas tu nombre murmuraron :
No fueron las ciudades que encendieron
Sus torres y en la noche te alumbraron...
¿Quién fué?... ¡Silencio!... Trémula mi boca
Nombra apenas el mar... nombra una roca.

La tierra, el mar, los cielos, orbe estrecho
Eran para tu planta de gigante :
De tu imperial palacio el regio techo
Fué el firmamento colosal, flotante ;
Tu diadema los soles... y tu techo
El antártico polo de diamante...
Tu féretro? Es verdad? Titan del Sena!
El peñasco fatal de Santa Elena...

Mortaja del coloso de la guerra
Tú sola fuiste, Albion, del mar señora ;
¿Porqué? — Porqué un pedazo de tu tierra
Fué á pedirte el coloso en mala hora!
Y le diste un peñasco!... En él se encierra
Tu mas horrenda página, traidora!
En él su espectro arrastra sus crespones
Y te cubre de horrendas maldiciones.

Tuviste miedo al león y le enjaulaste ;
Y de léjos oyendo su rugido,
Tú, de la mar señora... tú... temblaste!!
Por el puñal de la traición herido
Cayó á tus piés... Entónces respiraste,
Cobarde vencedora del vencido...
El Océano mismo no podría
Borrar ese padron de cobardía...

Tú no eres tan culpable... ¿En dónde estaba
La poderosa Francia, la temida?
¿Porqué no le salvó?... Le contemplaba
Desde sus blancos Alpes sonreída!
Y él que la hizo tan grande!... Ella danzaba
Sobre sus mil banderas... Y su vida,
Como un volcan antiguo, moribundo,
Lenta espiraba en ese mar profundo.

Lozano ha cantado las bellezas de su patria (sentimos no poder copiar su bella composición á la « Flor de Mayo », « los héroes de la independencia americana, — ha ensalzado las dulzuras de la amistad, y se ha extasiado al contemplar los consuelos que derrama la Fé en el corazón. Sus versos eróticos son tiernos y seductores como estos :

Amame, Arminda mia, como las flores aman,
Meciendo sus corolas, guirnalda del pensil :
Así como las auras que olores mil derraman
En las rosadas urnas del perfumado Abril.

Yo aquí seré tu ángel... sé, Arminda, mi María,
Sé de mi lira ronca la musa tutelar ;
Tu incienso mis suspiros serán, hermosa mia!
Tu templo mis creencias: mi corazón tu altar.

Ya lo hemos dicho en la introducción de estos esbozos biográficos : en nuestro ánimo no ha entrado hacer juicio crítico : háganlos aquellos que se sienten con fuerzas suficientes para acometer tan delicada tarea. A Lozano le han juzgado ya en América y en España, y le han juzgado hombres competentes : lo han celebrado llamándolo dulcísimo poeta ; nos cumple y nos agrada conformarnos con tal decisión. Lozano ha cosechado abundantes laureles ; cada día cosechará nuevos. Poeta de gran porvenir, sus obras serán uno de los mas bellos timbres de la literatura americana.

J. M. TORRES CAICEDO.

Paris 1855.

Significación simbólica de los pájaros.

De una excelente publicación extranjera tomamos el siguiente artículo debido á M. Hyacinthe Hussop :

La morada del pájaro es el cielo. Es a existencia aérea, unida á la ligereza y á la gracia de su forma, le da cierto carácter misterioso y casi sagrado. Hace largo tiempo que representa el simbolismo de toda la religión, y se han atribuido sus alas á seres divinos para indicar su naturaleza espiritual y poderlas poner en contraste con todo lo que sea terrestre y humano ; de aquí dimana también ese profético poder atribuido en la antigüedad á los pájaros, el augurio que revela su canto, el arúspice que precede á su vuelo ; en fin, todo el conjunto de virtudes que les exigía el divino Tiré-

sias, y que despues el theosofo *Porphyre* ha comentado á su manera.

En el idioma instintivo del simbolismo pájaro significa espíritu.

Entré los asirios el espíritu Supremo, la divinidad primordial, adorada bajo el nombre de *Nisroch*, estaba representada bajo la forma de un águila.

La historia cristiana, y el arte que la ha interpretado, nos muestran al Espíritu Santo encarnado en el cuerpo de una blanca paloma.

En el sentido inverso, el Espíritu del mal, el demonio, ha sido también simbolizado algunas veces por medio del pájaro. Una miniatura franco-germánica le representa bajo la forma de una ave negra que con las alas extendidas viene á comunicar sus malos pensamientos á un mágico. Una secta de la Mesopotamia, la de los Yecidés, cuyas oscuras doctrinas están mezcladas con ideas del Antiguo y Nuevo Testamento, habla de Satán designándole bajo el nombre de *Meleh Tacus*, *Pavo real*, y bajo la forma de este magnífico pájaro se encuentran en este extraño culto obras de cobre y bronce representando el Ángel caído.

El alma colectiva de los cristianos, la Iglesia, ha sido indicada algunas veces bajo la forma de una simple paloma, ó bajo la de una paloma de seis alas.

Sobre los sarcófagos de los primeros siglos del cristianismo, se ven frecuentemente esculpidos pájaros que agitan sus alas llevando en el pico una palma, una rama de oliva ó un racimo de uvas : estas son las ámas pacíficas y triunfantes á la vez de los santos confesores que se remontan al cielo, despues de haber derramado su preciosa sangre sobre la tierra.

Del sangriento cuello de las vírgenes decapitadas y de los santos mártires, tales como san Policarpo, y de la funesta hoguera de Juana de Arco se trasmite la leyenda por medio de un pájaro blanco.

Los mahometanos creen que las almas de sus mártires penetran en el cuerpo de los pájaros que se alimentan de los deliciosísimos frutos y beben las dulces aguas del Paraíso.

Los antiguos mejicanos poseían una creencia análoga, y su huella puede verse todavía en la India. Bernardino de Saint Pierre, al narrar los funerales de Virginia, dice que varias mujeres malabares llevaban sobre el ataúd de la desenturada doncella varias jaulas llenas de pájaros, á los cuales daban libertad.

Los poetas y los historiadores, los pintores y escultores, han admitido siempre esta idea del alma humana que toma despues de la muerte una forma alada.

« Águila que te elevas de esta tumba (dice un epigrama de la Anthología), y fijas tu mirada en el estrelado manto que decora la morada de los dioses, ¿quién eres?... Soy el alma de Platon que parte para el Olimpo. »

El mismo Byron, ¿no ha explicado una superstición semejante? El prisionero de *Chillon*, viendo colocarse un pequeño pájaro sobre la estrecha ventana de su calabozo, ¿no se imaginó que era el alma de su hermano que venía á visitarle bajo esta forma aparente y fugaz?

Por último, esta misma impresión del carácter casi religioso del pájaro, es la causa de que en todas las iglesias de Lima contengan dentro de jaulas de plata, suspendidas de la bóveda y de los pilares del altar mayor por medio de cadenas metálicas, una multitud de estos pequeños cantores alados, cuyos melodiosos acentos se mezclan con las graves armonías del órgano.

Incendio de la hilandería

DE M. CHENNEVIÈRE EN ELBEUF.

Con fecha del 6 de agosto, M. E. Bouchet escribe de Elbeuf lo siguiente :

» Elbeuf acaba de sufrir otra de esas terribles desgracias que son el azote mas cruel de los pueblos manufactureros.

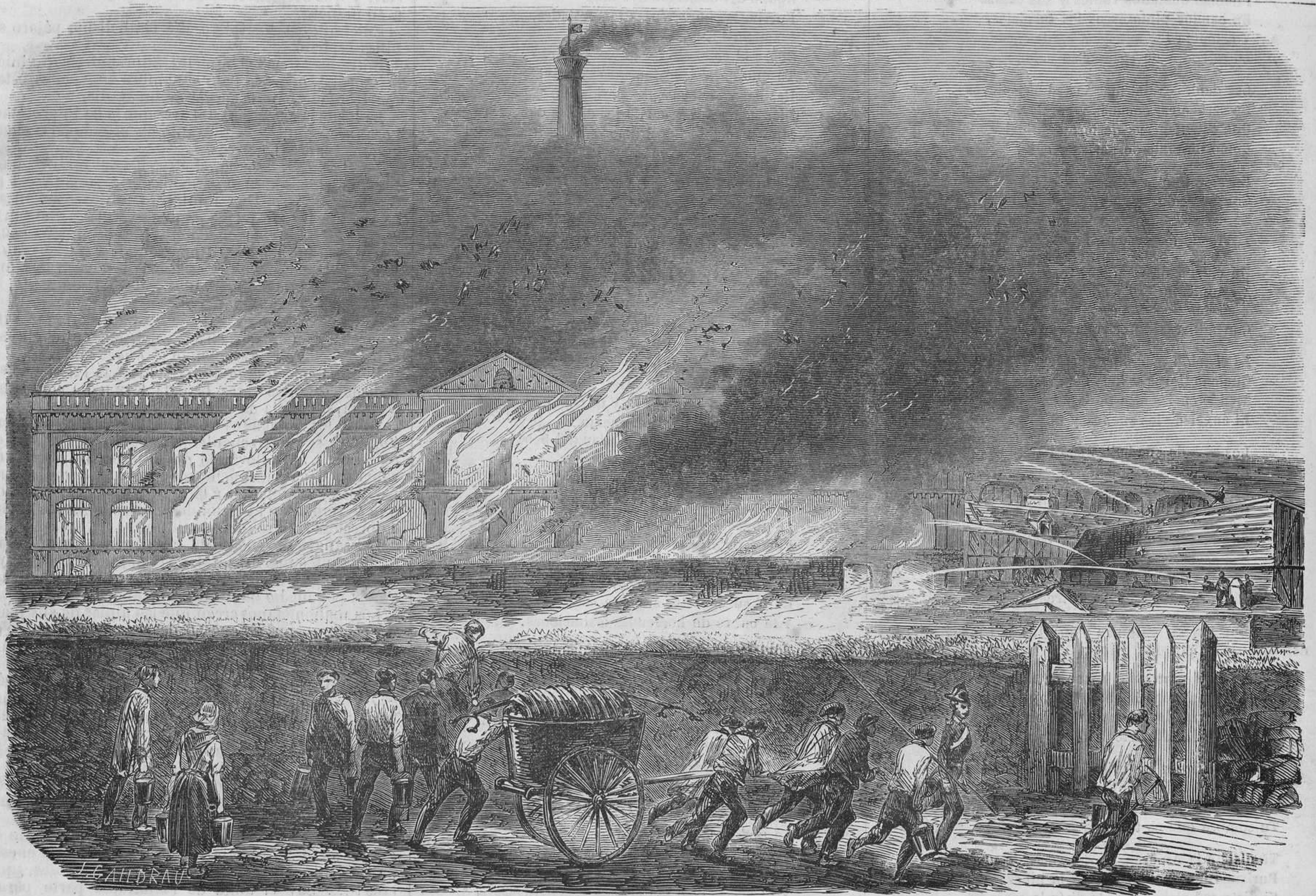
» La hilandería de lana y seda que M. Teodoro Chenneviere, miembro del jurado de la Exposición Universal mandó construir últimamente, y que forma una de las dependencias de su vasto establecimiento es ya un montón de ruinas á la hora en que escribimos.

» Nuestra ciudad se enorgullecía con esa magnífica construcción donde el arte habia adornado con magníficas esculturas este espléndido monumento elevado á la industria.

» El incendio se declaró el 5 de agosto á las tres de la madrugada, y en poco mas de media hora, á pesar de los esfuerzos de los hombres y de los ciudadanos de todas clases que acudieron á prestar su socorro, el inmenso edificio se vió envuelto en las llamas ; sin embargo, á fuerza de trabajo se pudieron preservar los demás establecimientos, sobre todo uno que contenía por mas de 300,000 fis de lanas, y que se hallaba amenazado muy de cerca.

» A las diez y media de la mañana cuando el fuego no estaba aun apagado del todo, algunos obreros que trabajaban en sacar escombros quedaron enterrados en un hundimiento de paredes ; dos fueron sacados sanos y salvos, pero los tres restantes quedaron heridos, uno gravemente.

» En esta hilandería se empleaban doscientos cincuenta obreros, pero gracias á la solicitud de M. Chenneviere quedaron remunerados del descanso á que les obliga esta desgracia.



Incendio de la hilandería de M. Cheneviere en Elbeuf.

» La pérdida pasa de 450,000 frs., pero todo estaba asegurado.

» El establecimiento se incendió por el lado meridional

que hace frente á la manufactura de M. E. Goin-lambert. En el fronton se halla esculpida la colmena que constituye las armas de Elbeuf, desde que Napo-

leon I dijo al visitar nuestra ciudad cuando era primer cónsul: « Elbeuf es una colmena donde todo el mundo trabaja. »

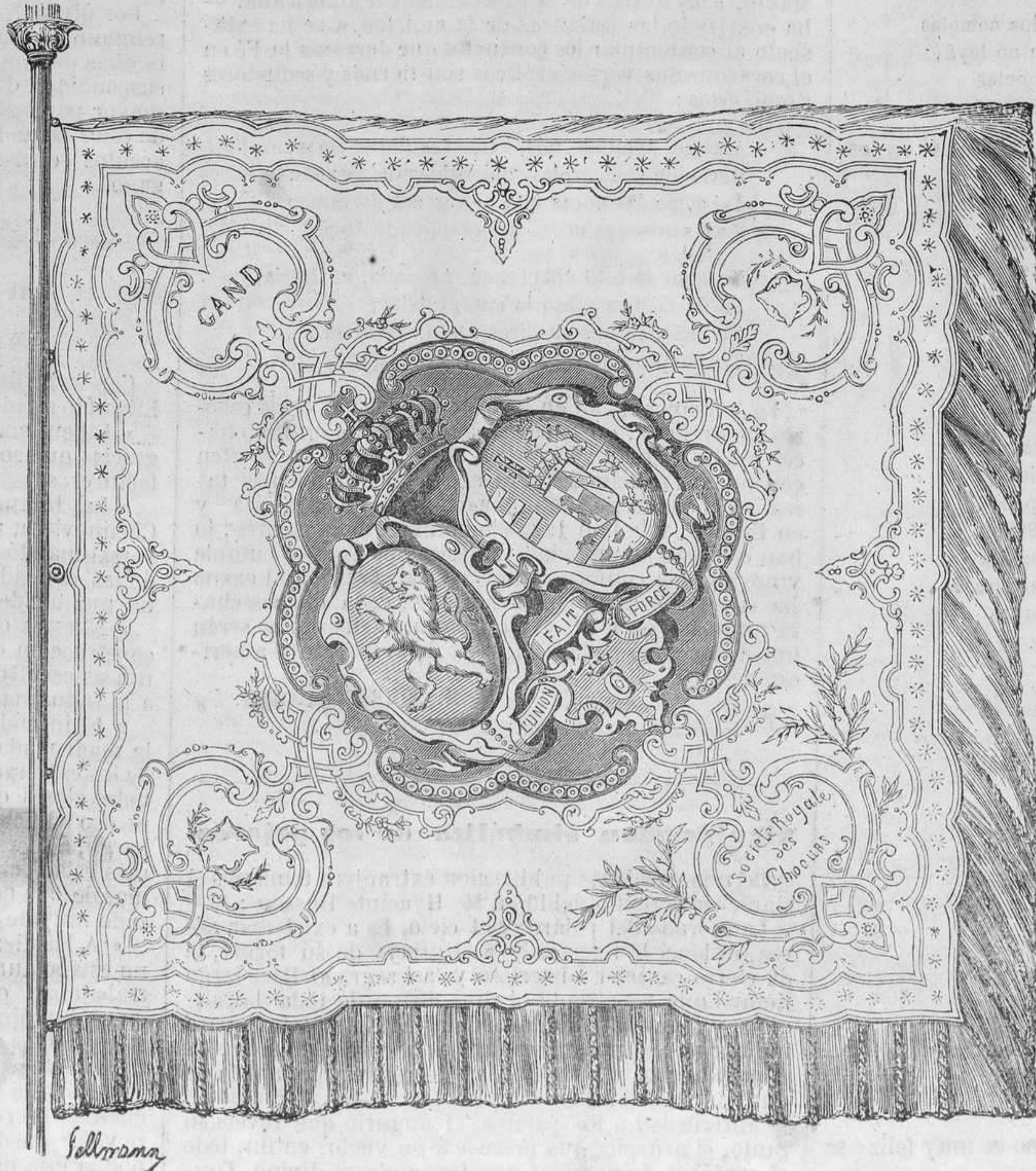
El estandarte

DE LA SOCIEDAD DE LOS COROS
DE GANTE.

En las últimas solemnidades musicales organizadas á beneficio de la caja de socorros de los artistas, los miembros de la Sociedad real de los coros de Gante vinieron á Paris para ofrecer al comité su buen concurso.

A la cabeza de esta sociedad famosa brillaba un estandarte, obra maestra del bordado belga que habíamos admirado ya en la Exposición Universal de la Industria.

Este estandarte regalado el 24 de setiembre último por el duque de Brabante á la Sociedad de coros de Gante, de la que es presidente honorífico, ofrece la muestra de un arte que se ha conservado en Bélgica con tanta más razón cuanto que cada ciudad de ese país encierra un cierto número de sociedades que continúan aquellos antiguos *gilden* ó gremios cuyo nombre se halla en la historia de las grandes luchas flamencas en favor de esas libertades comunales. Si esas sociedades perdieron ya su carácter religioso, al menos han conservado la poderosa organización á cuyo beneficio prosiguieron su anhelo constante, al cultivo de un arte y sobre todo de la música. En nuestros países no se tiene una idea de lo que son esas sociedades de centenares de músicos que consagran escrupulosamente su tiempo y su talento al estudio del arte que debe hacer



Estandarte de la real Sociedad de coros de Gante.

triunfar á su sociedad en esos concursos para los cuales se preparan estudiosamente de antemano.

De este modo pues, no hay una fiesta, una solemnidad alegre ó triste en que todas las sociedades de una ciudad y á veces de las ciudades próximas no se hallen representadas por una diputación precedida de esos estandartes magníficos, de los cuales algunos, que se remontan á una antigüedad venerable, constituyen su blason, sus pruebas de nobleza; solo en Gante donde se conservan con más fidelidad aquellas antiguas tradiciones, cada ceremonia ofrece á la admiración de la muchedumbre un crecido número de esos estandartes que unen á su valor material y al trabajo industrial, un verdadero mérito artístico.

El estandarte de la Sociedad de coros de Gante, cuyo aspecto se halla fielmente reproducido en nuestra lámina, se compone de un fondo de terciopelo verde sobre el cual se ven las armas de la ciudad de Gante con las del duque y la duquesa de Brabante. En unas ricas labores que hay en los ángulos se leen la fecha de la fundación de la Sociedad y su divisa: *Hacer bien y que digan*.

Este magnífico presente honra tanto á M. Visser, pintor y adornista belga que suministró sus dibujos, como á M. Melotte de Brusélas en cuyos talleres ha sido ejecutado.

G. F.

Monumento elevado en Bérghamo á la memoria de Donizetti.

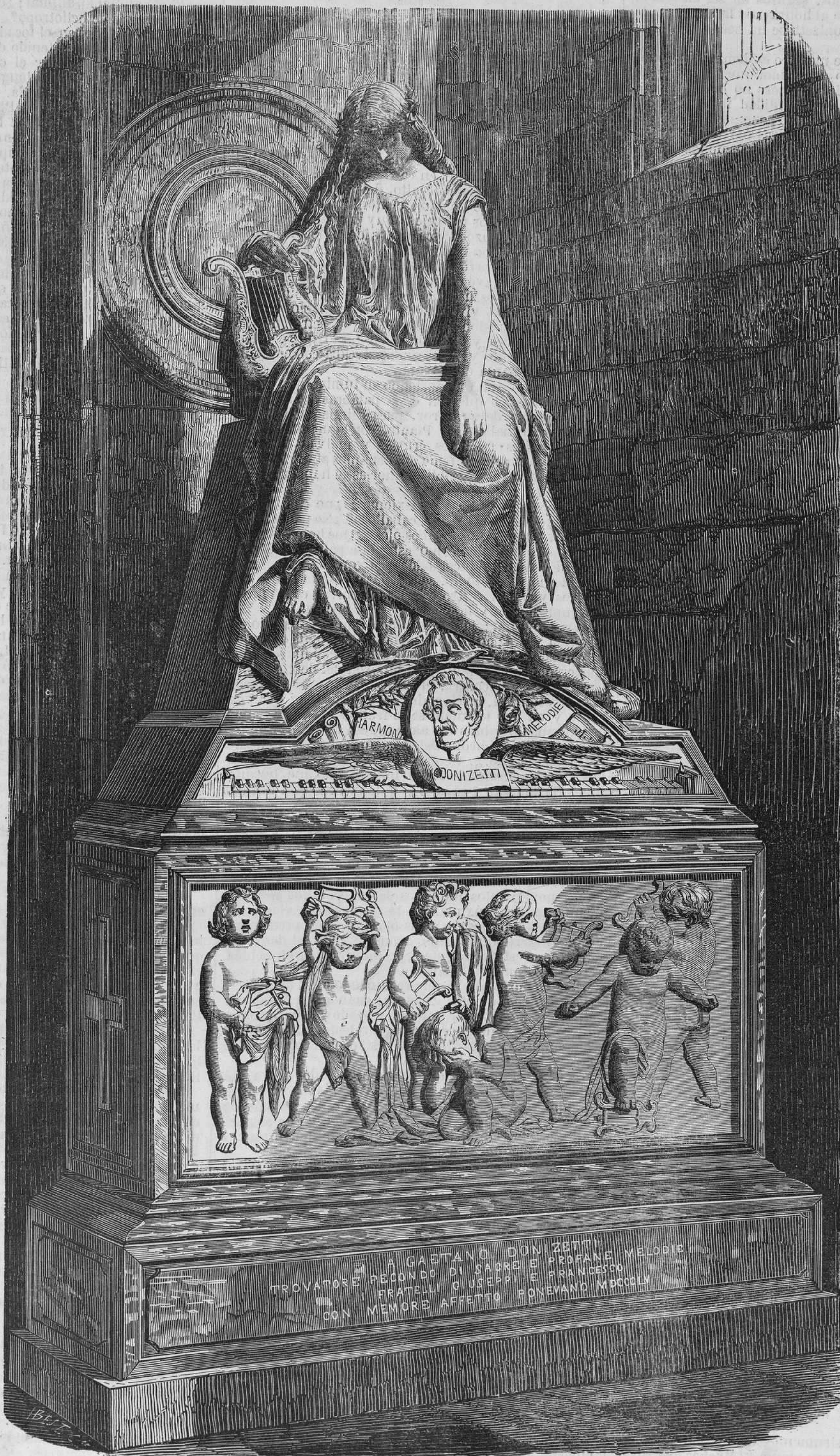
El 16 de junio último Bérghamo ha sido teatro de una tierna ceremonia, la inauguracion de un monumento erigido á la memoria del mas ilustre de sus hijos, del autor de tantas obras populares, de aquel Gaetano Donizetti, que unia tanta bondad y sencillez, dicen los que le conocieron, á tanto genio. Todas las autoridades civiles de Bérghamo estaban allí y tambien todas las autoridades militares, pues Donizetti habia sido compositor de cámara de S. M. el emperador de Austria.

Este monumento cuya reproduccion damos aquí copiada de una hermosa fotografia que ha llegado á nuestras manos, ha sido construido á expensas de la familia del célebre compositor. Su hermano, J. Donizetti que habita en Constantinopla donde vive con el empleo de director de la música militar de los turcos, concibió su pensamiento en cuanto supo la muerte prematura del grande artista que supo hacerse una reputacion tan brillante en todo el mundo. Despues de haberse puesto de acuerdo para este fin con su otro hermano F. Donizetti, se dirigió para la ejecucion de su piadoso designio al Sr. Vela que pasa á justo titulo por uno de los primeros escultores de la Italia, y cuyo talento podemos apreciar hoy mismo en Paris, puesto que ha enviado á la Exposicion Universal de Bellas-Artes, una estatua de reconocido mérito.

Cuando la obra estuvo concluida, el Donizetti de Constantinopla envió á Bérghamo á su hijo único Andrés Donizetti para que le representara allí y le presidiera á la inauguracion. Esta ceremonia se efectuó en la iglesia de Santa María la Mayor, donde se halla colocada la sepultura en presencia de una muchedumbre inmensa y recogida, y como ántes hemos dicho con el concurso de las autoridades italianas y alemanas y del obispo de la ciudad que tuvo á bien celebrar en persona el oficio divino. Andrés Muffei, ese literato italiano tan distinguido fué el confidente íntimo del pensamiento de J. Donizetti, y

aun parece que ha tenido alguna parte en la ejecucion del monumento como resulta de una carta de Andrés Donizetti que tenemos á la vista, y donde el monumento se halla tan bien descrito que nuestros

mas ordinarias. Sobre una pirámide quebrada hay sentada una hermosa figura de mujer sumergida en el dolor, es la Armonía. Su cabeza, coronada de estrellas que simbolizan la armonia celeste se inclina sobre su pecho. En una mano sostiene su lira, muda ya para siempre, y la otra cuelga inmóvil en una actitud llena de languidez y de abandono. El sarcófago se halla adornado con tres bajos relieves: el primero representa un teclado, coronado con dos grandes alas desplegadas, emblema de la increíble rapidez de concepcion que distinguia á nuestro grande artista. En medio está su retrato en un medallón acompañado á derecha é izquierda de los títulos de sus obras mas famosas. Por último, abajo hay siete niños que tienen cada uno en la mano una lira monocordia; son las siete notas, y por consiguiente representan el arte musical. Cada uno de estos niños manifiesta su dolor por una actitud y un movimiento diferentes. Uno llora, otro arroja al suelo su lira, otro la hace pedazos bajo sus piés, etc. Debajo de este último bajo-relieve se lee esta inscripcion:



A Gaetano Donizetti, trovatore secondo di sacre profane melodie, I fratelli Giuseppe e Francesco, con memore affetto ponevano. — 1855.

» Yo suministré á nuestro hábil escultor la idea de estas disposiciones y estas alegorias, y el artista ha desplegado en su ejecucion un talento de primer orden. La figura principal manifiesta un dolor profundo y sublime; ofrece un tipo de hermosura enteramente nueva y no se parece á ninguna estatua antigua ni moderna. La perfeccion de sus formas despierta la imaginacion, pero no produce en nosotros ningun sentimiento terrestre: su expresion estan clara y fuerte, que el corazon la penetra á la primera ojeada. Sabido es que Vela no conoce igual en cuanto á pureza de líneas y disposicion de paños; la verdad de los movimientos, la morbidesse de las carnes, la vida que parece animar á los siete pequeños genios, su gracia encantadora y tierna, que no sobrepujó el pincel del Albano... en fin, el conjunto de la composicion elevan esta obra al nivel de las producciones mas famosas del genio italiano. Y esta

Monumento elevado á la memoria de Donizetti.

lectores nos agradecerán sin duda que demos de ella aquí una traduccion sucinta... « Su pensamiento es muy sencillo y se halla al alcance de las inteligencias

no sobrepujó el pincel del Albano... en fin, el conjunto de la composicion elevan esta obra al nivel de las producciones mas famosas del genio italiano. Y esta

no sobrepujó el pincel del Albano... en fin, el conjunto de la composicion elevan esta obra al nivel de las producciones mas famosas del genio italiano. Y esta

opinión no es solo mía, sino que participan de ella todos cuantos poseen el sentimiento y la inteligencia del arte y saben juzgar imparcialmente. . . »

Nada añadirémos ni cambiaremos á esta apreciación de un hombre competente y que tiene á la vista el monumento; solo si dirémos, seguros de ser en esto el eco de todo el mundo que al honrar así la memoria de su ilustre hermano, J. Donizetti se ha hecho á sí mismo la mayor honra.

La biografía del célebre maestro es demasiado conocida para que á propósito de su monumento entremos aquí en los pormenores de ella; pero no obstante para probar hasta que punto la fecundidad fué el atributo principal de este genio eminente, ponemos á continuación una lista completa de sus obras por orden cronológico y con la indicación de los teatros donde fueron representadas por la primera vez:

1. 1818 VENECIA, Enrico di Burgogna.
2. 1819 — il Falegname di Livonia.
3. 1820 MANTUA, le Nozze in Villa.
4. 1822 ROMA, Zoraiite di Granata.
5. — NAPOLES, la Zingara.
6. — — la Lettera anonyma.
7. — MILAN, Chiara e Serafina o i Pirati.
8. 1823 NAPOLES, il Fortunato Inganno.
9. — — Aristeo.
10. — VENECIA, Una Follia.
11. — NAPOLES, Alfredo il Grande.
12. 1824 ROMA, l'Azo nel imbarazzo.
13. — NAPOLES, Emilia o l'Ermitaggio di Liverpool.
14. 1826 PALERMO, Alahor in Granata.
15. — — il Castello degli Invalidi.
16. — NAPOLES, Elvida.
17. 1827 ROMA, Olivo e Pasquale.
18. — NAPOLES, il Borgomastro di Sardam.
19. — — le Convenienze Teatrali.
20. — — Otto mesi in due ore.
21. 1828 — l'Esule di Roma.
22. — GÉNOVA, la Regina di Golconda.
23. — NAPOLES, Gianni di Calais.
24. — — Giovedì Grano.
25. 1829 — il Paria.
26. — — il Castello di Kenilworth.
27. — — il Diluvio universale.
28. — — i Pazzi per progetto.
29. — — Francesca di Foix.
30. — — Smelda de Lambertuzzi.
31. — — la Romanziéra.
32. 1831 MILAN, Anna Bolena.
33. — NAPOLES, Fausta.
34. 1832 MILAN, Ugo, conte di Parigi.
35. — — l'Elisir d'Amore.
36. — NAPOLES, Sancia di Castiglia.
37. 1833 ROMA, il Furioso ol Isoli di Domingo.
38. — FLORENCIA, Parisina.
39. — ROMA, Torquato Tasso.
40. 1834 MILAN, Lucrezia Borgia.
41. — FLORENCIA, Rosmonda d'Inghilterra.
42. — NAPOLES, María Stuarda.
43. 1835 MILAN, Gemma di Vergi.
44. — PARIS, Marino Faliero.
45. — NAPOLES, Lucia di Lammermoor.
46. 1836 VENECIA, Belizario.
47. — NAPOLES, il Campanello di Notte.
48. — — Betly.
49. — — l'Assedio di Calais.
50. 1837 VENECIA, Pia di Tolomei.
51. — NAPOLES, Roberto Devereux.
52. 1838 VENECIA, Maria di Rudens.
53. 1839 MILAN, Gianni di Parigi.
54. 1840 PARIS, la Fille du régiment.
55. — — los Mártires.
56. — — la Favorita.
57. 1841 ROMA, Adelia o la Figlia del Arciere.
58. 1842 MILAN, María Padilla.
59. — VIENA, Linda di Chamouni.
60. 1843 PARIS, Don Pasquale.
61. — VIENA, Maria di Rohan.
62. — PARIS, Don Sebastian.
63. 1844 NAPOLES, Catari a Cornaro.
64. — — Gabriella di Vergi.
65. — — el duque de Alba (inedita).
66. Doce escenas ó cantatas compuestas para fiestas de soberanos, aperturas de teatros, etc.

MUSICA DE CONCIERTO.

67. Muchos cuadernos con distintos títulos: — Arie e duetti; — Las Noches de estío en el Pausilipo; — Las Noches de Paris, etc. — Il conte Ugolino; — Canto XXXIII del Infierno del Dante.

MUSICA RELIGIOSA.

68. Misas; — Misas de *requiem*; — Vísperas y salmos; — *Miserere* y piezas sueltas.

MUSICA INSTRUMENTAL.

69. Cuartetos para instrumentos de cuerda; — Sonatas y variaciones para piano. — Muchas oberturas sueltas para orquesta; — Oberturas para música militar.

El secreto de la Bianetti,

POR HAUFF.

(Conclusion.)

Muy sombría, muy triste y muy solitaria estaba la fonda de Portugal. Habian dado las doce de la noche, y las lámparas encargadas de alumbrar los corredores y las escaleras cumplian pésimamente con su deber; el doctor subiendo á visitar á un moribundo desconocido y abandonado se hallaba bajo el peso de las mas lúgubres impresiones. El mozo abrió la puerta del n.º 53; hizo entrar al facultativo; este estuvo para caerse de susto. El sér que hacia muchos dias tenia sin cesar delante de los ojos, á quien veia de dia y de noche, aquel sér fantástico estaba allí en carne y hueso sentado en una cama. Era un hombre alto, delgado, de una edad avanzada; un gorro de lana ocultaba su frente hasta sus ojos sombreados por cejas muy pobladas; el pecho estrecho y los brazos descarnados del enfermo se hallaban cubiertos con una armilla de franela encarnada. Por fin, bajo el gorro se descubria una nariz larga, como un pico de ave de rapiña, que se alzaba en medio de un rostro escuálido, el rostro de un cadáver, si dos ojillos pardos, vivarachos, no le hubiesen dado la vida y una expresión siniestra. Este espectro lanzaba carcajadas roncadas y frenéticas, en tanto que con sus dedos descarnados y puntiagudos rascaba con encarnizamiento la manta de la cama.

— Mirad, mirad, está abriendo su tumba, dijo el jorobado al médico que con estas palabras salió de su inmovilidad y de su terror, pues asimismo se habia figurado al caballero de Planto, con aquellos ojos de tigre, aquellas facciones crueles y malvadas, aquel cuerpo sin carne. Allí tenia ante sus ojos el retrato vivo del hombre cuyas horribles fechorías le habia contado la Bianetti.

Pero luego se ponía á reflexionar: ¿no acababa de ser testigo del arresto del caballero? ¿No podia tener otra persona aquellos mismos ojos? ¿Qué habia de particular en que un enfermo estuviese pálido y descarnado? El doctor se incomodó consigo mismo.

— Me he vuelto tonto, se dijo pasándose la mano por los ojos y por el rostro como para borrar esas fatidicas impresiones, y luego se acercó á la cama.

¿Cosa singular! Jamás se habia visto tan turbado en ninguna visita; no podia libertarse de aquella opresión de corazón que á pesar suyo le afligia. Por fin se habia apoderado de la mano fría y húmeda del desconocido, pero no podia encontrar el pulso.

— Ese imbécil, exclamaba el enfermo con una voz ronca y en un lenguaje semi-francés, semi-italiano, con algunas palabras de alemán, ese imbécil ha ido á buscarme un médico... Dejádme un poco... no entiendo nada de esto... necesito ir á Génova á tomar baños... ya he encargado á ese imbécil que me busque una silla de posta y caballos, quiero irme esta misma noche.

— Sin duda que te irás esta noche, murmuraba el jorobado que estaba rezando en un rincón, pero te sacarán entre cuatro y no llegarás á Génova por cierto.

El doctor conoció que le habian llamado demasiado tarde; su arte era impotente; hasta creia reconocer ya en los movimientos inquietos del enfermo los indicios de una agonía próxima. Hasta ese deseo de viajar, de ver nuevos espacios era á sus ojos una señal precursora de una muerte inminente. Aconsejó, pues, al desconocido que se estuviera quieto, prometiéndole una bebida refrescante que le aliviaría.

El enfermo se echó á reir rechinándole los dientes.

— ¡Estarme quieto! exclamó; cuando me tiendo ya no respiro: debo estar sentado, sentado en un carruaje, quiero irme; ¿qué haces ahí, jorobado del demonio? ¿has buscado ya los caballos? ¿están bien cerrados mis cofres?

— ¡Ay! ¡Dios mio! decia el pobre criado, ahora está pensando en sus cofres; lo que te llevarás con igo, gran tunante, será una buena carga de pecados; la bóveda del cielo no es bastante grande para que en ella se puedan escribir todos tus juramentos y palabras impías.

Lelong tomó la mano al enfermo y le dijo:

— Tened confianza en mí, mi arte puede servirlos todavía. Vuestro criado me ha dicho que os duele una antigua herida procedente de un balazo y que se ha abierto ahora; ¿quereis que la examine?

El enfermo quiso oponerse, pero su armilla de franela estaba abierta ya, y resignándose llevó la mano hácia el lado izquierdo del pecho. El doctor quitó una mala venda y halló cerca del corazón una herida, pero causada por una puñalada: esta herida tenia la misma forma, el mismo tamaño que la de la Bianetti.

— Esta herida es muy reciente, y no ha sido ocasionada por arma de fuego, dijo Lelong mirando con detención al enfermo. ¿De qué proviene esa herida?

— ¿Creéis que me haya herido yo mismo? No, por el infierno; tenia un puñal en el bolsillo y me caí, es un rasguño.

— ¡Un rasguño! pensó Lelong; un rasguño que te costará la vida.

Colocó bien la venda y preparó una limonada que el enfermo tomó con mano trémula y que pareció refrescarle algun tanto. Durante algunos minutos cesó de agitarse, pero como algunas gotas de la herida humedecieran las sábanas de la cama, se puso á jurar nuevamente y pidió un pañuelo. El criado se precipitó á uno de los cofres, — el doctor seguia sus movimientos

con una indecible ansiedad, un presentimiento terrible le oprimia. — En efecto, aquel pañuelo era igual al que se habia encontrado en casa de la Bianetti; el mismo color, la misma tela.

El criado se le presentaba al enfermo, pero este le rechazó diciéndole:

— Vete al diablo, animal; ¿cuántas veces tendré que pedirte el agua de heliotropo?

El jorobado tomó en el tocador un pomito, echó algunas gotas de su contenido en el pañuelo, y un olor agradable se esparció por el cuarto; era un perfume que el médico conocia. Lelong temblaba en todos sus miembros; ya no habia duda, aquel era el asesino de la cantatriz, el caballero de Planto: ¡un sér abandonado, enfermo, en la agonía! Pero el doctor creyó que aquel desesperado á cada instante podia salir de la cama, cogerte por el cuello é impedirle que le denunciara; así fué que tomó de repente su capa y su sombrero para salir cuanto antes á la calle.

El jorobado se agarró al médico y le decia gimiendo:

— ¡Ah! mi buen doctor, no tendrís la crueldad de dejarme solo con él; le quedan pocos instantes de vida; ¿qué haria yo si os fuerais? No me abandonéis, no me abandonéis.

El enfermo saltaba en su cama, reia, juraba y rechinaba los dientes; p recia que queria ir en socorro de su criado, pues ya habia sacado una pierna larga y delgada de entre las sábanas, en tanto que su brazo derecho se extendia hácia el doctor; este se moria de miedo y rechazando al jorobado huye á todo correr; cuando ponía el pié en el último escalon oia aun las carcajadas del asesino.

XII.

A la otra mañana de esta terrible noche un coche particular se detuvo delante de la fonda de Portugal, y se apearon de él tres personas, una dama velada y dos caballeros ya de ciertos años.

— ¿Ha llegado el alguacil Pfaff? preguntó uno de los caballeros al mozo que abrió la portezuela.

La respuesta fué afirmativa.

— ¿Qué combinaciones tan raras presentan las cosas? repuso entonces el que ya habia hablado ántes. Es mucha casualidad que ese hombre se caiga de lo alto de las escaleras, que se hiera gravemente con el instrumento de su crimen para que no pueda huir, y en fin, que os llamen á vos, Lelong para curarle.

— Ciertamente, respondió la dama velada; pero también se muestra la mano de Dios en lo del pañuelo: deja uno en mi casa y sucede que pide el otro en presencia del doctor.

— Estaba escrito, dijo en fin el tercer personaje, estaba escrito; pero con toda esta fiesta he olvidado preguntaros que es lo que habeis hecho del bajá de Janina. Esta señorita se engaña sin duda; el pobre diablo debe tener un miedo mas que regular; ¿le pusisteis en libertad? ¿quién era?

— No por cierto, repuso el primer interlocutor; yo le tengo por uno de los cómplices del caballero; le espíaba hace ya muchos dias, y he mandado que le traigan á la fonda, porque quiero confrontarle con el asesino.

— ¡Cómo! ¿un cómplice? exclamó la dama; es un error.

— Ya lo veremos, contestó el otro con una sonrisa; la justicia llega á saber muchas cosas, aun aquellas que se le ocultan. Pero hénos aquí; señorita, hacednos el favor de entrar un instante en el n.º 52; supongo que el maestro Boloni no os negará la hospitalidad, y en cuanto tengamos necesidad de vuestra presencia os llamaremos.

No necesitamos decir que estos tres personajes eran la Bianetti, el doctor Lelong y el juez de la causa que iba á principiar los trámites judiciales contra el caballero de Planto.

El juez y el doctor entraron en el cuarto del enfermo. Este estaba aun sentado en su cama como le habia dejado el médico en la noche anterior, pero visto de dia, sus facciones se hallaban mas contraídas aun, y la expresión de sus ojos, que principiaban á vidriarse, era mas expresiva. Luego parecia reflexionar en lo que allí pasaba, pues M. Pfaff, un hombrecillo con lunetas, habia puesto una mesa en medio del cuarto, tenia delante un grueso cuaderno de pliegos de papel blanco, y con una pluma larga en la mano se preparaba á escribir lo que su jefe le dictara.

— ¡Animal! ¿qué me quieren esas gentes? dijo en fin el enfermo al jorobado. ¿Quién les ha dado permiso para entrar aquí?

El juez se acercó á la cama, miró severamente al enfermo, y le dijo con fuerza:

— ¡Caballero de Planto!

— ¿Cómo? exclamó el enfermo.

— ¿Sois el caballero de Planto? repuso el juez.

Los ojos del enfermo brillaron como centellas, y lanzando miradas oblicuas al juez y al alguacil, contestó:

— El caballero ha muerto hace tiempo.

— De modo que le conocéis. Pfaff, apuntado. ¿Y quién sois vos? Yo hablo aquí en nombre de la justicia.

El enfermo se echó á reir maliciosamente.

— Me llamo Lauriez; animal, enseña mi pasaporte á este caballero.

— Es inútil. ¿Conocéis este pañuelo?

— Ya lo creó, le acabais de tomar sobre esa silla;

¿pero qué significan esas preguntas? Me estais incomodando.

— Miraos la mano izquierda, respondió el juez, y hallaréis vuestro pañuelo; este que traigo yo le habeis perdido en casa de la Bianetti.

El enfermo lanzó una mirada iracunda hacia los hombres que le rodeaban, les mostró el puño cerrado y apretó los dientes, pero se calló con la mayor obstinación, bien que el juez repitiese sus preguntas. Este hizo entonces una señal al doctor que salió y volvió á entrar en breve acompañado de la cantatriz, el baron de Martinoff y el maestro Boloni.

— Señor baron, dijo el juez, ¿reconocéis al caballero de Planto á quien ya habeis visto en París?

— Le reconozco, respondió M. de Martinoff, y confirmo lo que ya he declarado contra él.

— Y vos, señorita Giuseppa Bianetti, ¿reconocéis al hombre que os sacó de la casa paterna, que os llevó á París, y que en fin, en la noche del 16 al 17 de este mes intentó asesinaros?

La cantatriz se estremeció al aspecto de su terrible enemigo, y ya iba á responder, cuando el acusado se incorporó con mucho trabajo en su cama, y murmurando sus imprecaciones acostumbradas dijo con una voz ronca y entrecortada que salía del fondo de su pecho:

— ¿Vienes á verme, Fifina? Muchas gracias; á fé mia, siento no haberte herido mejor, y con eso te habria evitado el sentimiento de ver á tu digno tí insultado por estos perros.

— Basta, dijo el juez; la identidad está probada. Pfaff, podeis extender un acto de prision.

— ¿Qué intentais hacer? interrumpió el médico; ¿no veis que este hombre se muere? Ya ha principiado la agonía; si teneis alguna noticia que pedirle, apresuraos.

El juez mandó entonces al jorobado que llamara á los gendarmes y al preso.

El enfermo se empeoraba por segundos; perdía sus fuerzas; sus ojos casi vidriados se fijaban en la cantatriz con una mezcla de ironía y de odio.

— Fifina, repuso, me has arruinado, y por eso habias merecido mi venganza. Por tu culpa, tu padre está en presidio, pues le acusaron de haberte vendido; él me suplicó que te matara y se lo prometí. Siento que mi mano haya temblado. ¿Qué quieres? uno se hace viejo, malditos sean estos músculos que ya no tienen fuerzas para vengarse.

La entrada de un nuevo personaje cortó estas horribles maldiciones que el moribundo lanzaba contra sí mismo y contra Giuseppa. Dos gendarmes venian sosteniendo á un hombre revestido de un hermoso traje de turco. Era el desgraciado Ali-bajá de Janina, cuyo turbante cubria la frente desolada del infortunado M. Bolné, juez del tribunal de comercio.

Todos los asistentes se miraban atónitos al verle, pero ninguno se quedó tan turbado como el maestro Boloni. Este se puso blanco como un papel y se ocultó en el rincón mas oscuro del aposento.

— Caballero de Planto, dijo el juez, ¿conocéis á este hombre?

El moribundo que habia cerrado los ojos, los abrió haciendo un esfuerzo y respondió:

— Idos al diablo, nunca he visto tal hombre.

— Sin embargo, el turco lanzaba miradas lamentables sobre las personas que le rodeaban.

— Ya sabia, dijo con voz doliente, ya sabia muy bien lo que me esperaba, tiempo hace que estaba acometido de funestos presentimientos. Pero, señorita Bianetti, ¿qué os he hecho para que así persigais á un pobre inocente?

— ¡Yo, caballero! no os conozco; ¿de qué se trata? añadió dirigiéndose al juez.

— Señorita, dijo el juez tomando un aire severo, la justicia no conoce mas que su deber, y ninguna consideración, ninguna flaqueza puede detener su acción. Hacedis mal en declarar que no conocéis á este caballero, que es un juez del tribunal de comercio llamado M. Bolné; pues en el momento del asesinato habeis pronunciado su nombre; así consta en la causa.

— Seguramente, dijo el turco con su voz lastimosa; ¡nombrarme en circunstancias tan críticas!

La cantatriz estaba asombrada; su hermoso rostro tomó un color purpurino, y volviéndose hacia el maestro á quien tomó de la mano, le dijo:

— Carlo, no es posible callar mas tiempo. — Sí, señor juez, he pronunciado ese nombre, nombre muy caro para mí, sin embargo, no se trataba de ese caballero, sino...

— Sino de mí, dijo el maestro con desembarazo; yo me llamo Carlos Bolné, si mi querido padre tiene á bien permitírmelo.

— ¡Carlos! exclamó el turco estrechando á su hijo en sus brazos; la primera vez en tu vida que hablas cuerdamente; ¡ah! hijo mio, me salvas de un peligro inminente.

— Si es así, dijo el juez de la causa, estais libre, M. Bolné, pero en adelante, tened cuidado para ofrecer un vaso de ponche á una señora. De modo que ya solo debemos ocuparnos del caballero de Planto.

Y se fué derecho á la cama, pero vió al médico que tenia una mano del asesino entre las suyas, y que un instante despues la abandonó cerrando los párpados del cadáver.

— Señor juez, dijo Lelong, el caballero de Planto comparece en este momento ante el tribunal de Dios.

Todos comprendieron estas palabras y salieron del cuarto del difunto.

Un momento despues hallamos á nuestros personajes reunidos en casa del maestro, excepto el juez de la causa. La cantatriz estaba ruborizada y sus lágrimas, las últimas que vertia pensando en su pasado, corrian en abundancia. Pero esas lágrimas debian cambiarse en llanto de alegría, pues el bajá no hacia mas que dar vueltas en torno de la cantatriz y de su hijo, como uno que medita un gran proyecto. Por fin, fué á consultar al doctor y luego volvió hacia los jóvenes.

— Mi querida señorita, la di o, el susto que me habeis dado ha sido grande; he padecido mucho por causa vuestra, y me debeis una reparación solemne. Habeis pronunciado mi nombre en condiciones tan deshonrosas, que no creo exigir demasiado pidiéndoos que le hagais vuestro. Ayer noche no quisisteis tomar mi ponche ni mis dulces; ¿me rechazaréis hoy tambien si os presento al bribon de mi hijo Carlos Bolné para que le otorgueis vuestra blanca mano?

La cantatriz no respondió, pero tomó la mano del maestro que cubrió de besos, en tanto que el joven estrechaba á su futura contra su corazón, olvidando sus ideas estrambóticas con aquella emoción verdadera.

— Doctor, dijo el padre afortunado, ¿quién habria previsto todo esto el día en que me disteis una calentura de caballo diciéndome: Su última palabra ha sido: Bolné?

— Pues me parece que teneis por qué quejaros, repuso el médico sonriendo; sin mí habrais encontrado, por un hijo perdido, dos hijos que todo el mundo os envidiará y yo el primero?

A. C.

Una excursion á Waterloo.

Veinte veces yendo de Charleroy por el camino principal he atravesado la aldea de Waterloo y el campo de batalla, sin que jamás hubiera pensado en detenerme; antes por el contrario, cada vez que descubria la fúnebre llanura experimentaba como un amargo sentimiento. Yo soy francés, y ese leon que insulta á la Francia desde lo alto del monumento, las ruinas aun en pié del castillo de Hougoumont, el campo sangriento de la Haye-Sainte, los barrancos en que el cañon enemigo diezmó á nuestros soldados, esas tumbas, esos lugares y esa injuria llenaban mi alma de pensamientos tumultuosos y de sentimientos impotentes. Pasaba tapándome los ojos para ocultar mis lágrimas, pues no queria dejar ver á los hijos de los vencedores esa triste manifestacion que quizá habria lisonjeado su orgullo.

Sin embargo, no conozco el sentimiento que llaman patriotismo. Arrancado muy pronto del país natal, mi juventud aventurera ha visto muchos países, y cuando trato de recogerme no hallo en mí esos recuerdos deliciosos y caros en que se confunden los lugares y las afecciones, que turban al desterrado, le entristecen y le hacen verter lágrimas, cuando una palabra, un sitio, un pájaro que vuela por los aires, los evocan de súbito y despiertan en él la imagen de la patria ausente. Sin embargo, no puedo ménos de ceder á ese sentimiento desconocido, y en vano mi razon se subleva y se indigna contra ese movimiento.

Esta vez quise luchar y vencer, quise visitar los campos funestos de Waterloo y del monte de S. Juan. Sin embargo, no fui por lo mas corto. Por el camino que se divide en los Cuatro-Brazos hacia Charleroy y Namur se llega á Waterloo en ménos de dos horas, y yo empleé dos dias en mi viaje; hé aquí el itinerario:

Salí para Tubiz por el ferro-carril y seguí al dejar esa estacion, la orilla izquierda del canal de Charleroy; al cabo de dos horas de marcha dejé el canal en Ronquieres, y llegué á Nivelles por medio de los campos. Allí dormí, y al otro dia visité el pueblo; es un lugar apacible y aislado, un retiro excelente.

Nivelles tiene fecha, y antes de ser un lugar fué un monasterio fundado, segun dice la crónica en 645; pero de la antigua abadía donde se retiraron del mundo muchas señoras de alto linaje de Francia, de Alemania y de Bélgica, no queda mas que el claustro, la iglesia y la sala capitular. El claustro, ruina romana interesante, ha sido reconstruido mas bien que restaurado, y ha perdido todo su interés para el antiquario. La sala capitular que está á uno de los lados de ese claustro, se ha vuelto la sala de la alegría, allí se baila.

La iglesia es imponente por fuera; es un edificio severo, de estilo carlovingeo, sin fachada y toda de piedras mal trabajadas. Nada hay en Bélgica mas antiguo que esa grande iglesia. El interior, restaurado en tiempo de Luis XIV es una obra maestra de vandalismo y de mal gusto. Un campanario de piedra y de madera de mas de doscientos piés de alto ha sido añadido sobre el pórtico; á la derecha, en lo alto de la torre-cilla hay una estatua dorada que da las horas, y que llaman Juan de Nivelles.

Pero tratemos de llegar á Waterloo, cuanto mas antes. Salgo pues de Nivelles y me dirijo hacia el Norte; el camino ofrece pocas distracciones, pero es dia de fiesta y se halla cubierto de peregrinos que vuelven de Nuestra Señora de Hal, la mayor parte descalzos; me saludan y les respondo; de Nivelles á Braine-le-Chateau hice un millon de saludos.

Nuestra Señora de Hal se halla muy venerada en el país, y la iglesia gótica de Hal donde se ve su imagen es un hermoso monumento. Esta imagen tiene dos piés

de altura. El pueblo de Hal la recibió de Matilde, hermana de la princesa Sofia que era hija de Santa Isabel de Hungría. Se cuentan muchos milagros de esta Virgen negra; durante un sitio, Nuestra Señora de Hal recibió las balas de cañon en su manto y preservó de todo daño al pueblo; las balas de piedra están allí bajo el pórtico en un cajon abierto.

Ya llego á Braine-le-Chateau. Esta aldea perteneció á los condes de Hoorn, á los príncipes de Witthem y á los de la Torre y Taxis. La familia de los condes de Robiano posee hoy ese viejo castillo, cuyas torres de un color blanco verdoso no tienen ya nada de temible. En la plaza se eleva entre cinco tilos seculares una picota de piedra que han dibujado todos los artistas del universo. Estos monumentos del feudalismo son muy raros, y el que ahí se ve excita la curiosidad naturalmente. Sobre una base de cuatro piedras se eleva una columna cuyo capitel sostiene una especie de linterna abierta, formada de columnillas y de arcos; en medio hay un pilar de igual dimension que las columnillas, que es donde ataban al culpable. El gobierno ha mandado restaurar esta picota, tanto que parece nueva como el claustro de Nivelles.

Esta vez voy á Waterloo sin detenerme, y muy desgraciado habria de ser para no llegar esta tarde. Pero llegaré, pues distingo Braine-l'Alleud que solo dista media legua del monte de S. Juan. La iglesia está abierta y voy á visitarla. En un rincón del crucero descubro un soberbio mármol negro esculpido al estilo del siglo XVI y cuyo trabajo me parece exquisito. Representa dos personajes; un caballero armado y una mujer vestida lujosamente; ambos se hallan tendidos con los piés sobre leones y las manos juntas. Este mármol cubrió en otro tiempo una tumba, pero la tumba ya no existe y han arrimado la piedra á la pared. Con alguna dificultad puedo leer esta inscripcion grabada al rededor en caracteres góticos:

AQUI YACE FELIPE DE WITHEM, SEÑOR DE BERCELLE, BAUTERSEM, BRAINE L'ALLEUD, ETC., Y JUANA DE BATIGNY, SU ESPOSA.

Los príncipes de Witthem pertenecian á la mas alta nobleza, y sin embargo, Felipe de Witthem y Juana de Batigny, no han conservado en sus ricos dominios el lugar de una sepultura.

¡Cuántas veces he visitado en el valle melancólico de Beersel, el ruinoso castillo de los señores de Witthem! ¡Cuántas veces he subido á sus altas torres de ladrillos deteriorados, á sus murallas en ruinas! Los fosos se han vuelto unos pantanos y luego se han cambiado en praderas. Una ala de armas abovedada en el piso principal de una de las torres es todo lo que queda de la habitacion de los señores. Así se van las cosas de este mundo.

El sol se ha ocultado ya, la noche se aproxima. Al calor del dia ha sucedido un viento frío del Noroeste que ahuyenta las nubes pardas y sombrías. Este viento es incómodo y apresuro el paso para llegar á lo alto de la meseta. Ya estoy arriba: ante mí se extiende hasta perderse de vista una inmensa llanura de anchas ondulaciones como las olas del Océano. Es el campo de batalla. Quiero reconocer aquella soledad; en nuestros climas del Norte, las noches de verano no son mas que un largo crepúsculo. El leon de Waterloo se eleva á un cuarto de legua de distancia, y el camino que yo sigo pasa por la base inmensa del monumento. Reconozco ese camino; es el que va de Wavre á Nivelles, el que protegía todo el frente del ejército aliado cuya ala derecha se replegaba á diez pasos de donde yo estoy, mas allá del barranco.

Ese camino fatal profundamente encajonado cerca del camino grande al borde de la meseta del monte S. Juan, se convirtió en una trinchera improvisada y formidable que contuvo el arroyo de nuestros soldados, é inutilizó el valor heroico y desesperado de los coraceros de Milhaud y de Kellermann. Por ese camino llegó tambien despues á la otra extremidad del campo de batalla Blücher y su ejército. Casi distingo mas allá de Papelotte y de Prichermont, las alturas donde estableció su artillería para destrozar los cuadros de la guardia imperial que en vano trataba de cambiar la suerte de la batalla.

Me adelanto por ese campo fúnebre. Todos los episodios de la terrible lucha se agolpan á mi memoria, veo los sitios en que pasaron. Mi corazón late con violencia, una especie de fiebre de destruccion y de sangre se apodera de mi espíritu, marchó al acaso, me precipito, corro, como si debiera encontrar y combatir á un enemigo detestado. Las nubes huyen rápidas y sombrías, el viento redobla, y los árboles conmovidos hasta sus raíces, en el camino empedrado donde me puso la casualidad, se doblegan bajo la fuerza del huracan que siembra el suelo de hojas y de ramas partidas. Cerca de mí, á la derecha, se abre una arboleda mezclada de habitaciones; el viento gime en esos árboles y presta una voz dolorosa á ese oasis de la llanura. Recinto de Hougoumont, teatro funesto de un conato sobrehumano, ¿son esas las voces de tus muertos?

Y raso estremeciéndome, abrasado y helado al mismo tiempo, el oido lleno de sonidos confusos y sordos, sin ver ni oír mas que á través de una alucinacion fantástica. Las imágenes me parece que pasan rozando el suelo. En ese desorden de la naturaleza, en esas voces de la tempestad, creo oír los ruidos de la guerra, el choque de las armas, los ecos prolongados de un ca-

ñoneo lejano, el paso tumultuoso y precipitado de las cargas de caballería, los clamores de los soldados, los gemidos de los heridos y los últimos suspiros de la agonia. Por último; misterioso delirio! cuando mis ojos extraviados se detienen en lo alto del monumento, no veo al leon, sino al emperador, al mismo César inmóvil sobre un caballo negro, con su ancha frente de arcángel rebelado, su rostro pálido y su mirada ardiente y profunda que sigue la carrera de los mundos en el espacio. A sus piés se amontonan las nubes, por entre las cuales pasan escuadrones infinitos, masas de guerreros que se mezclan, se lanzan, flotan y se desvanecen como los vapores que los rodean. Ginetes de mejillas lívidas y de ojos de llama abren con su correr veloz cuadros inmensos que vuelven á cerrarse cuando pasan; siniestros resplandores alumbran las lontananzas de la llanura, y de los barrancos y las tumbas se alzan espectros armados. Con los cabellos erizados de espanto huyo de aquel lugar misterioso y fatal, pero parece que las sombras se elevan y se multiplican bajo mis pasos, y las crines flotantes de los alazanes me pegan en el rostro cuando pasan delante de mí con mas velocidad que el aire. Sin embargo, nada me detiene en mi fuga, y paso sin aliento y sin voz por medio de las legiones de ultratumba, cuyo contacto helado me corta la respiracion; por fin, mi pié tropieza con un obstáculo, algun sepulcro abierto, y caigo exánime al borde del camino.

Era ya bien de dia cuando me desperté; el sol alegraba mi cuarto con sus hermosos rayos; un paisaje risueño, inundado de luz se extendía bajo mis ventanas abiertas, la alondra cantaba en los trigos floridos de amapolas, y las hojas de los árboles se hallaban suavemente agitadas por una débil brisa cargada de los suaves perfumes de las habas en flor. Al vestirme delante del espejo me ví pálido y descompuesto; ¡qué noche, Dios mio!

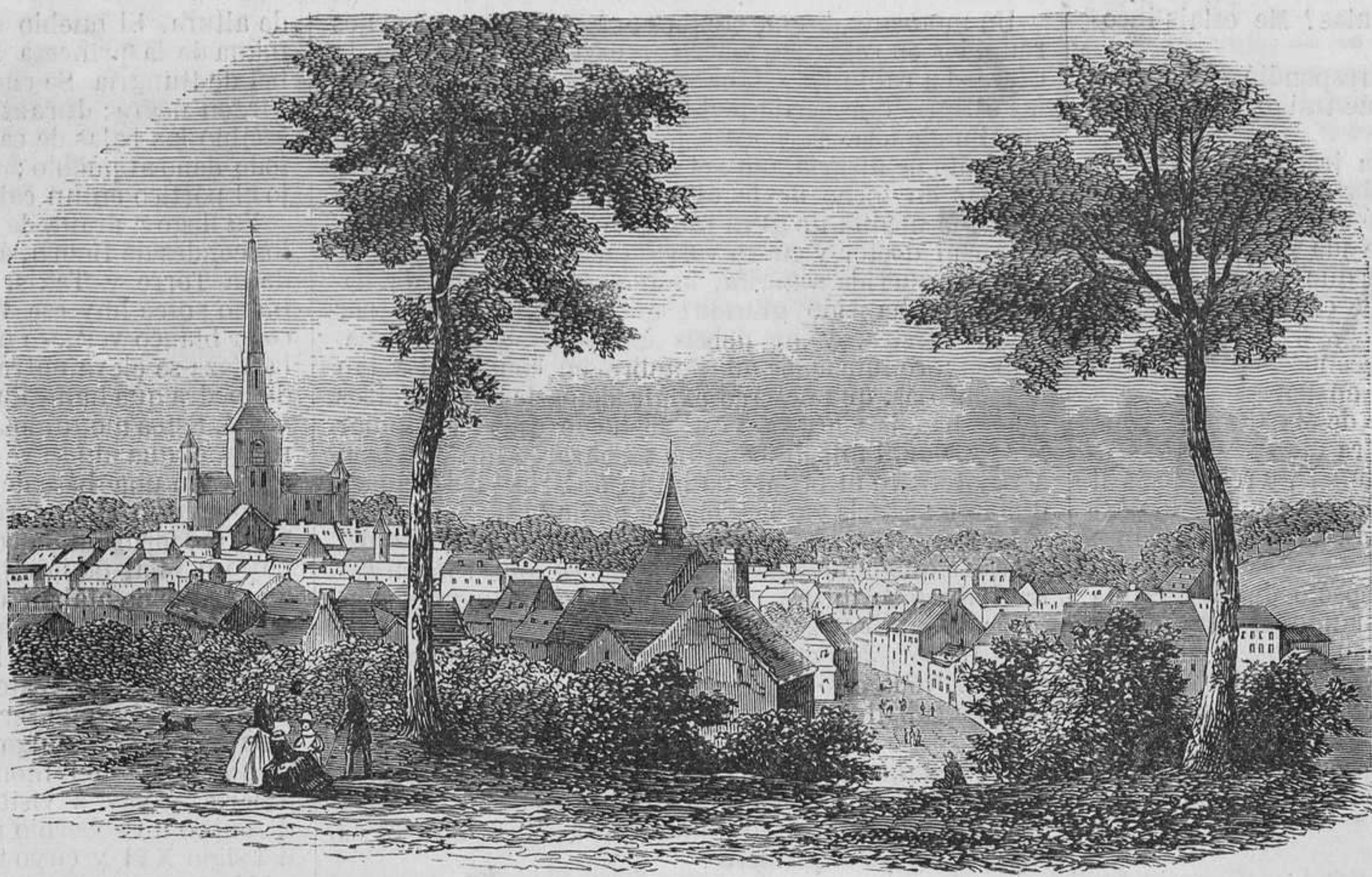
En este momento llamaron á mi puerta; vacilo un poco y luego abrí, pues nunca se han visto espectros de dia, y además los espectros no llaman á las puertas. Una jóven entró, aparicion fresca y graciosa, disfrazada de moza de posada. Al verla volví en mí completamente.

— ¡Quiere Vd. almorzar? me dijo; sin duda tendrá Vd. hambre. ¿Quien ha visto acostarse sin cenar, con calentura, y despues de naber viajado con un tiempo como el que hacia?

— Sí por cierto, almorzaré, tengo buen apetito. Diga Vd., ayer noche estaba bien distraido ¿no es verdad?

— Mas que distraido; entró Vd. como un loco, mucho miedo tuvimos todos. Se conocia que estaba Vd. enfermo, temblaba Vd. de frio y de calentura. El criado le metió á Vd. en la cama y Vd. no decia mas que palabras entrecortadas, sin sentido alguno.

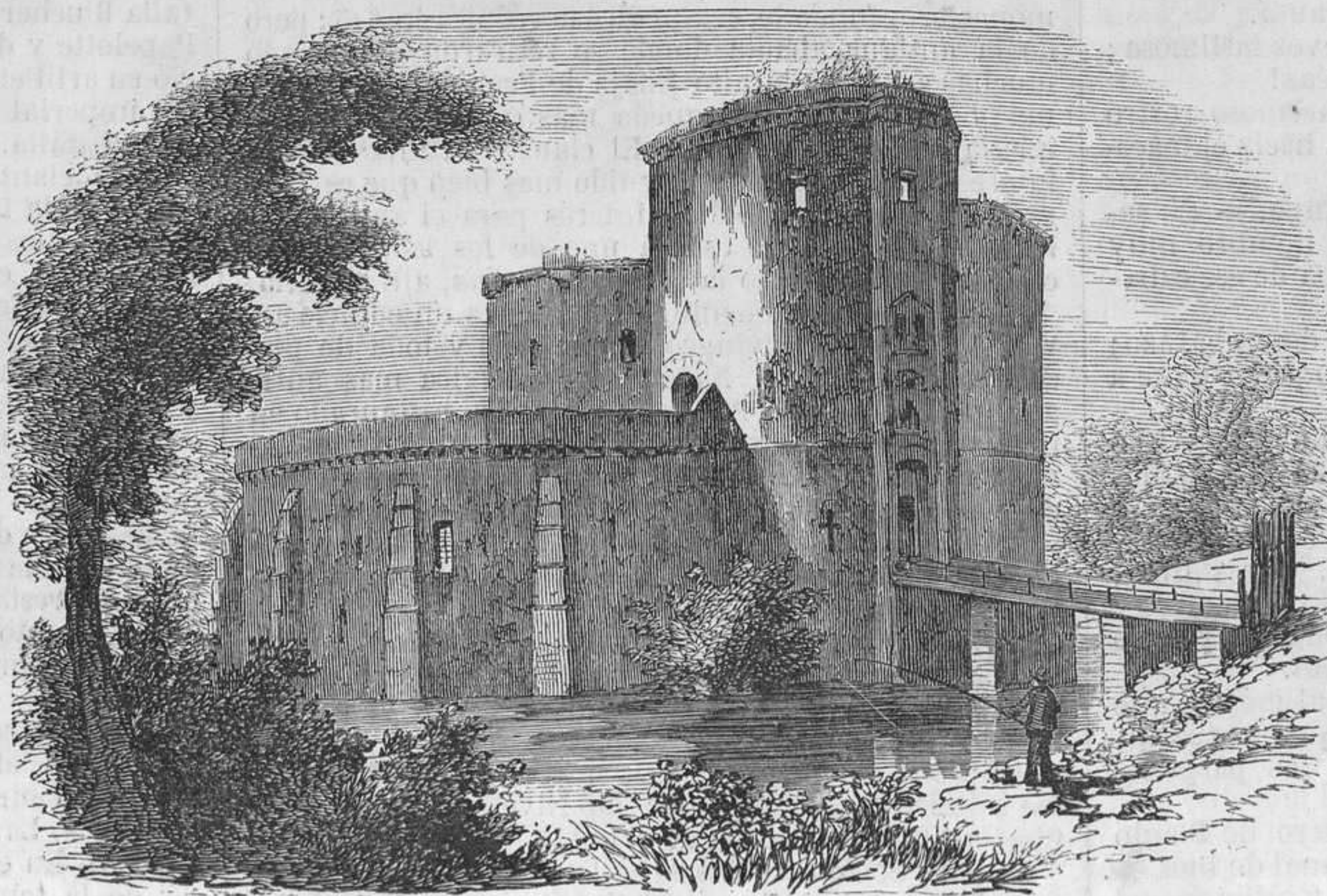
— Sí, sí, me acuerdo, y lo com-



Nivelles.



La Picota de Braine-le-Chateau.



Ruinas del castillo de Beersel.

— No, hija mia, pero ya nadie se llama Artemisa desde hace muchos siglos; en fin, vaya por Artemisa, mi pobre Juanita; toma mi capa que está ahí y sacúdela con todas tus fuerzas por esa ventana, pues debe tener espectros en sus pliegues, y cuidado, pues si encuentro uno solo esta noche, te arrojó de casa.

— ¡Ja, ja, ja! ¿de está fonda? ¿Qué espectros son esos de que habla Vd.? ¿Algun animal malo?

— Calla, calla, Josefina. — Señor, me llamo Artemisa.

— Está bien. Mira, Maria, no digas nada malo de los espectros, pues no se sabe lo que puede sucedernos.

— Sí, pero dígame Vd. ¿qué enfermedad tenia Vd. anoche?

— Aunque te lo dijera, mi querida Susana, no lo comprenderias. ¿Has atravesado muchas veces la llanura?

— Voy todos los dias al mercado de Braine l'Alleud.

— Pues bien, conocerás la historia de esos lugares. Cuando pasas cerca de Hougoumont ó del monumento ¿no hay nada que te conmueva á la vista de esos lugares célebres?

— Sí señor, veo unas tierras magnificas que valen 2000 escudos la fanega; salen unos trigos riquísimos, y mas de una vez hemos cogido junto al leon remolachas que pesaban veinte libras. ¡Oh! son tierras de buen abono.

— Muy bueno en verdad, Mariana.

— Me llamo Artemisa.

— Lo sé; ¡un buen abono! ¿Lo oís, héroes de las grandes guerras? Respóndeme Catalina; ¿dónde yacen aquellos nobles restos, aquellos restos sagrados de los que murieron? Ese monumento colosal cubre sin duda sus cenizas.

— ¡Los huesos de los muertos! se los llevaron á carretadas y sirvieron para fabricar negro animal para el refino. ¡Ay! se me habia olvidado traer el azúcar; al punto vuelvo.

— ¡Detente, desgraciada! ¿con qué te atreves á hablarme de azúcar?

— ¿Y porqué no? ¿Se toma el café sin azúcar?

— Desde hoy lotomaré. ¡Un pilon de azúcar por sepultura! Dime pues; ¿esos monumentos que veo han sido alzados sin duda á los franceses por la piedad nacional?

— No señor. Los franceses no tienen sepultura en el campo de batalla. Esa pirámide que veis á la izquierda del camino delante del Huerto-Santo es el monumento de los del Hanover. Esta columna que termina en una corona de laureles y que se eleva enfrente de la pirámide al otro lado del camino, es la tumba del mayor Gordon. Los prusianos han hecho un monumento á Planchenoit, una aguja gótica de hierro cuya punta se ve desde aquí. Hay tumbas inglesas en Waterloo, pero en recuerdo de los franceses no hay nada.

— Pero los que vienen en piedad y triste peregrinacion...

— No vemos mas que ingleses y alemanes, y estos á montones, todos los dias vienen cuarenta ó cincuenta. El guarda del monumento posee registros cubiertos de milla-

prendo todo ahora. Oigame Vd. bien, hija mia, Wantje, ó Myke, ó...

— Señor, me llamo Artemisa.

la historia de esos lugares. Cuando pasas cerca de Hougoumont ó del monumento ¿no hay nada que te conmueva á la vista de esos lugares célebres?

— ¡Artemisa! ¡justo cielo! Princesa, tenga Vd. la bondad de tomar una silla.

— ¡Ah! ¿se burla Vd. de mi nombre?

car negro animal para el refino. ¡Ay! se me habia olvidado traer el azúcar; al punto vuelvo.

— ¡Detente, desgraciada! ¿con qué te atreves á hablarme de azúcar?

— ¿Y porqué no? ¿Se toma el café sin azúcar?

— Desde hoy lotomaré. ¡Un pilon de azúcar por sepultura! Dime pues; ¿esos monumentos que veo han sido alzados sin duda á los franceses por la piedad nacional?

— No señor. Los franceses no tienen sepultura en el campo de batalla. Esa pirámide que veis á la izquierda del camino delante del Huerto-Santo es el monumento de los del Hanover. Esta columna que termina en una corona de laureles y que se eleva enfrente de la pirámide al otro lado del camino, es la tumba del mayor Gordon. Los prusianos han hecho un monumento á Planchenoit, una aguja gótica de hierro cuya punta se ve desde aquí. Hay tumbas inglesas en Waterloo, pero en recuerdo de los franceses no hay nada.

— Pero los que vienen en piedad y triste peregrinacion...

— No vemos mas que ingleses y alemanes, y estos á montones, todos los dias vienen cuarenta ó cincuenta. El guarda del monumento posee registros cubiertos de milla-



Ruinas del castillo de Hougoumont.



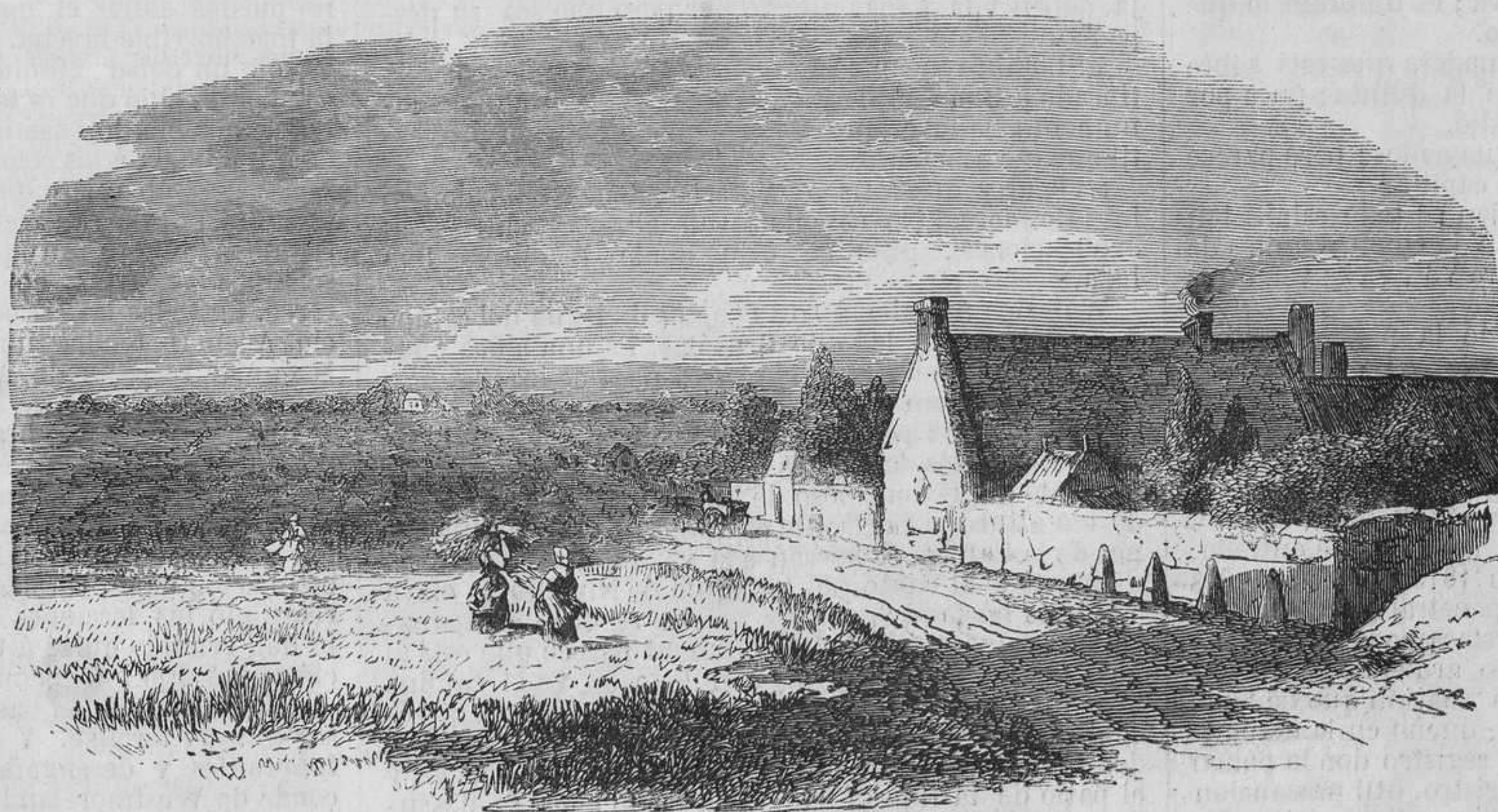
Puerta de la granja de Hougoumont.

res de nombres. ¿Porqué no vienen los franceses? Aquí los quieren mucho; no creo que deban avergonzarse.

— Es verdad, hija mia, no hay vergüenza en esto, y á mi juicio este campo es tan glorioso para ellos como Marengo ó Austerlitz. Admiro el culto de los ingleses á todas sus glorias, pero nosotros, los franceses, no nos acordamos de visitar el teatro de nuestras batallas ganadas; hay tantos que no sabríamos por donde empezar; y la vida es tan corta!

— ¡Oh! si los ingleses oyeran á Vd.!

— Ya lo saben, y no me desmentirían. Además, la Inglaterra es un gran pueblo que comprende los grandes. Cegado largo tiempo por un odio injusto, admira hoy al grande hombre á quien combatió, y sus armas combaten, contra el



Cortijo de la Huerta-Santa.

ruso, unidas con las armas francesas. — Pero hablemos de otra cosa, si te parece; ¿dónde estoy? ¿qué caminos son esos que se cruzan á la esquina de esta casa?

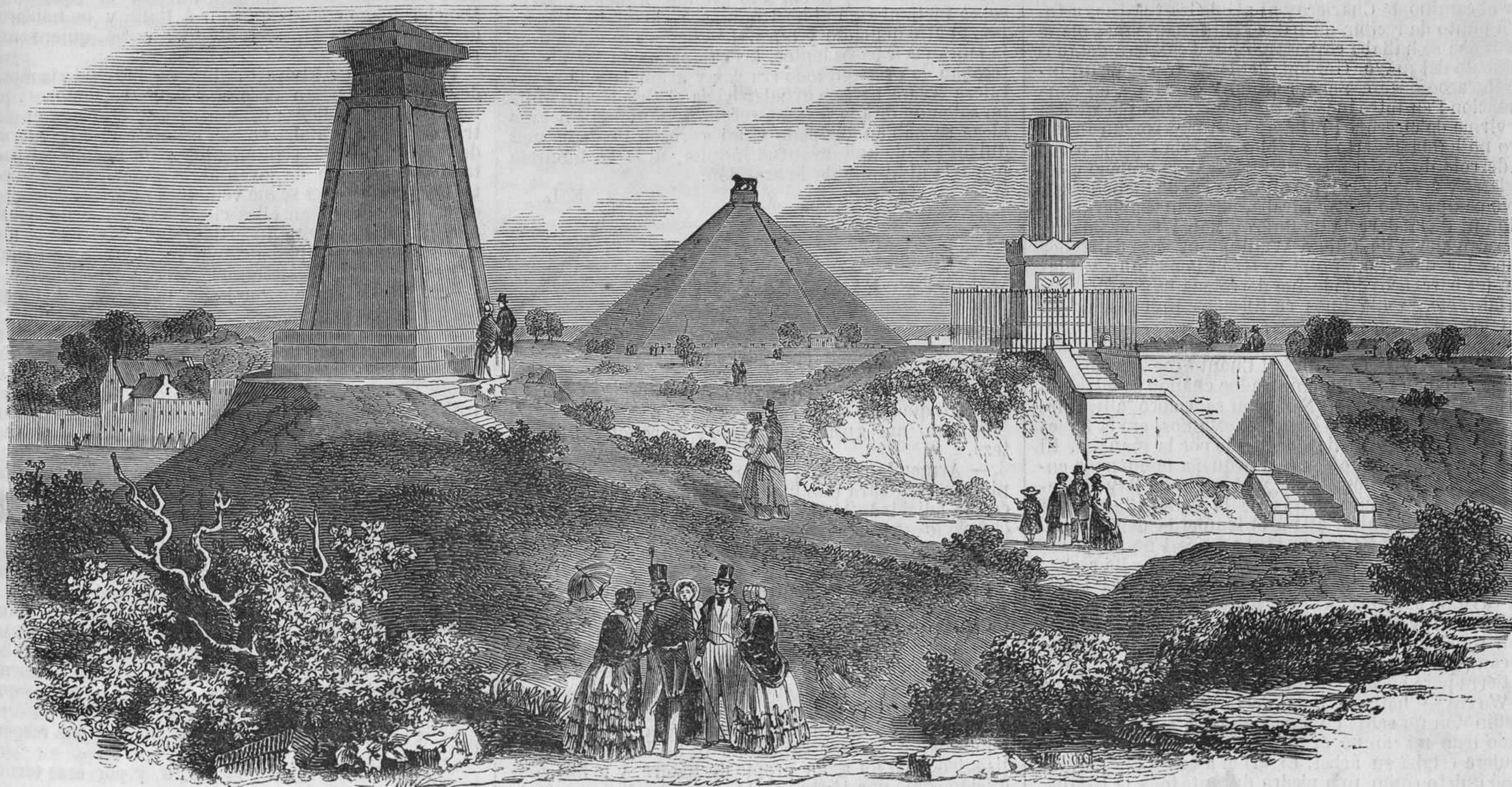
— Está Vd. en la aldea del monte de S. Juan. Hé aquí la calzada de Charleroy y de Namur, y esta otra, por la que ha debido Vd. venir es la de Nivelles á Lovaina. Pasa cerca del castillo de Hougoumont.

— Puedes estar segura de que no la olvidaré en mi vida. Hoy está muy risueño, pero ayer en mi delirio, me pareció bien espantoso y bien terrible.

— ¿Cómo dice Vd., señor?

— No digo nada. Hasta la vista, Artemisa, puesto que ese es tu nombre. Volveré á comer á la una. Pero cuidado con mi capa, que esté bien sacudida.

— ¿Va Vd. á salir? En



El monumento hanoveriano.

CAMPO DE BATALLA DE WATERLOO.

El leon.

Tumba del mayor Gordon.

tre Vd. un rato en casa de Cotton, ahí enfrente, y verá un museo curioso de las reliquias de la batalla.

— ¿Y quién es ese Cotton?

— Era un guía inglés que murió en '829. Sargento mayor en un regimiento del ejército aliado asistió á la batalla; se retiró aquí, y todas las familias inglesas le tomaban por guía. Recogía con el mayor cuidado todo cuanto se encontraba en el campo de batalla, y la colección que llegó á formar en veinte años, es visitada por todos sus compatriotas. Se entra gratis.

— ¡Gracias!

— Cotton ha hecho un librito que vende á 5 francos y que todos compran: vende también planos ingleses de la batalla y vistas de los monumentos. En Hougoumont verá la tumba de Cotton; ha querido que le enterrasen en el huerto, al lado de su teniente que tiene allí una piedra sepulcral en el mismo sitio en que cayó herido de una bala francesa.

— Está bien, compraré el libro y visitaré la tumba de Cotton.

En efecto, vi Hougoumont con su larga alameda y pude reirme de mis temores. Es de advertir que soy muy excéptico á la luz del sol; además Hougoumont no inspira ideas negras. Es una quinta grande y hermosa; las gallinas corren por el patio; los instrumentos aratorios se hallan en buen orden detrás de la puerta, y el ganado anda pastando á la sombra de los cerezos en una huerta espléndida.

El mozo de la quinta me lo explicó todo; la pared de ladrillos de la huerta, está acibillada de balas: solo quedan dos trozos de murallones del castillo que debió ser muy pequeño, y cuya construcción es de fines del siglo XVI. La capilla se conserva; es un oratorio que ha podido libertarse del incendio.

— ¿Ve Vd. ese crucifijo de madera que está sobre la puerta? me dijo el mozo de la quinta; pues por milagro se detuvo en él el incendio.

— En efecto, los pies están quemados; pero parece que han restaurado hace poco la capilla.

— Sí señor; y el Cristo también; ¡todo estaba tan negro por el fuego! Si supiera Vd. cuantos miles de nombres cubrían las paredes! Mire Vd., ya se ven otros nuevos.

— Es verdad; y ahora cuando la pared se cubra nuevamente, la pintarán como antes ¿no es verdad?

— Seguramente; lo que está sucio hay que limpiarlo.

Dentro de cincuenta años para hallar en Hougoumont algún recuerdo de los viajeros habrá que raspar la capilla y pelarla como una manzana. El patio es muy grande; las vigas de madera de la puerta de entrada, todas carcomidas, existían ya en 1815. Tres veces los franceses forzaron esa puerta y penetraron en el patio: la última se cerró detrás de un destacamento, hubo una espantosa carnicería y el castillo ardiendo se hundió sobre los combatientes. Tal es la relación que he leído escrita por el conde de Robiano, dueño en la actualidad de Hougoumont, sobre el registro donde ponen sus nombres los viajeros. Este registro, útil precaución contra los embellecimientos de la capilla se halla depositado en un cuartito donde conoció lord Wellington cuando estuvo en Hougoumont: todos los ingleses quieren comer allí mismo.

Volviendo de Hougoumont hacia la Huerta-Santa por el camino de Charleroy al pie de las tumbas, estuve á punto de recibir un balazo. El tunante que me le destinaba se hallaba emboscado en la escalera del monumento del mayor Gordon; tenía las trazas de un lugareño acomodado. Se aproximó y entramos en conversación; su introducción me hizo creer que quería servirme de cicerone; primero me tomó por un inglés (yo no había abierto los labios todavía) y me contó la derrota de los franceses, glorificando mucho á los ingleses y á su general. Me dijo que era de Planchenoit, cuyo campanario me mostraba, pero sin hablarme de Erlon ni de la derrota de Bulow. Había sido soldado; su padre sirvió de guía á Wellington, y se daba por conocedor del sitio en que cayeron Ponsomby y Picton, los barrancos donde fué derrotada la guardia imperial... etc. tenía unos certificados ingleses, en su cartera, que me quiso enseñar...

— No quiero ver certificados, le dije.

— ¡Ah! Vd. es francés! Cuanto me alegro; mi tío se hallaba cerca del emperador cuando se adelantó hacia la Huerta-Santa. Napoleon se colocó allí, mire Vd., cerca del barranco en donde estamos, era la tercera vez que cambiaba de plan desde por la mañana. El primer sitio que ocupó es una pequeña hondonada entre la granja de Rossomme y la casa del Rey; el segundo es una altura detrás de la Bella-alianza, esa casa que se descubre allá á la izquierda del camino. Cuando se adelantó por la tarde ya casi no había esperanza. Mi tío me dijo que al ver á la guardia rechazada al pie del camino de Wavre, una gruesa ligrima cayó de sus ojos. El camino de Wavre se hallaba entonces muy escarpado, se ignora como los coraceros pudieron atravesarlo. Ahora nada se reconoce ya en el campo de batalla. Se ha nivelado un gran espacio de tierra para elevar la montaña del Leon y el camino de Wavre se halla al igual de la tierra. Cuando vino Wellington no sabía en donde estaba: «Me han cambiado todo mi campo de batalla», dijo. Ya lo creo; ni siquiera estaba su árbol. El árbol á cuyo pie permaneció quieto como una piedra durante toda la batalla, se vendió á un precio fabuloso á los ingleses.

Hacia tiempo que yo no le escuchaba. Hallábase sentado en el mismo punto donde el emperador á las siete de la noche reunía la infantería de Ney, diezma-

da por la artillería enemiga y cansada por el esfuerzo sobrehumano de una lucha desigual. Desde allí vió como se lanzaba la guardia electrizada por su presencia y sus palabras, en una última carga, suprema esperanza de la batalla. La tristeza volvió á embargar mi ánimo y permanecí absorto en aquellos recuerdos dolorosos y amargos. El hombre seguía hablando.

Volví en mí cuando me presentaba otros certificados de mis compatriotas, unos *vieux de la vieille* que había conducido á Genappe para enseñarles el lugar donde había sido asesinado el valeroso é infortunado Duhesme. Era durante la retirada; Duhesme combatía en la retaguardia, pero cansado de pelear y comprendiendo la inutilidad de una resistencia mas larga, el héroe entregó su espada á un prusiano. Este la tomó y le metió la suya en el pecho. Así murió Duhesme, y así se desquitaban los prusianos de Ligny y de Planchenoit. Tanto les aborrecen ahí como en la Lorena y la Champana.

Á todo lo que mi hombre me decía, yo respondía siempre: «Lo sé,» y él continuaba. Al fin comprendió que se cansaba inútilmente, y cambiando de tono me dijo:

— Ha de saber Vd., caballero, que labrando nuestras tierras encontramos todos los días espuelas, cascotes, botones, placas, armas, corazas.

— ¿Y cureñas y cañones?

— No, pero hallamos muchas balas. Los ingleses compran estas reliquias á peso de oro. Ayer mismo he encontrado una bala; como Vd. es francés, si quiere se la daré por tres francos...

— Al precio á que se venden en la fundición de Lieja, deben Vds. ganar mucho por poco que sea su despacho.

Mi hombre me miró de reojo y fué á enseñar su certificado á una familia inglesa que estaba junto al monumento Hanoveriano. De este modo evité el proyectil que me amenazaba.

¡Viajeros que vais á Waterloo, tened cuidado con los labradores! No discutais con ellos, no entreis en explicaciones, pues de otro modo recibiréis una bala.

Waterloo se halla á tres cuartos de legua del campo de batalla por el lado de Bruselas. Es una aldea opulenta que se ha enriquecido á expensas de los ingleses; en ella se visitan la iglesia y las tumbas.

Cuando volví por la tarde á la aldea del monte de S. Juan subí los doscientos escalones del monumento y me senté al pie del coloso de hierro que le corona. Desde esa altura el horizonte es inmenso; las ondulaciones de la llanura se borran á la vista que abraza libremente todo el contorno. La aguja de Nivelles se eleva á lo lejos hacia el Sur, y mas cerca se ve el campanario de Braine-l'Alleud. Hougoumont parece que está al lado del monumento; hacia el Este se ve el camino principal que se prolonga hasta Genappe. En esa dirección se distingue la taberna de la Bella-alianza, y se dominan los monumentos de la catzada, los árboles y el patio de la Huerta-Santa. Mas á lo lejos se descubren Planchenoit, Papilotte, Prichermont, y los desfiladeros de S. Lambert, Ohain, el camino de Lovaina á Nivelles y la selva de Soignes que limita la vista y se extiende hacia el Norte sobre toda la comarca.

El calor del día había sido grande. Aquella hora el sol se inclinaba en el horizonte, el cielo estaba sin nubes, el aire delicioso y puro. Los bueyes se volvían de la labranza á pasos lentos, las campanas de las aldeas tocaban la oración, todo era paz y armonía y la naturaleza entera parecía exhalar hacia el Criador un himno solemne de adoración y reconocimiento. Mis negras ideas se habían disipado y mi corazón lleno de una dulzura y de una gratitud infinita, unía su humilde plegaria al himno de la creación.

E. L.

ELVIRA Y LUISA.

(Continuación.)

— Pero, querida mía, repuso interrumpiéndome, es mas feo que...

— A mí me gusta su fealdad, respondí con pres-teza.

— Armanda me dijo mi padre, si le amas y has tenido fuerzas para dominar tu amor, no debes jugar con la felicidad. Ahora bien, la felicidad depende mucho de los primeros días del matrimonio...

Mi padre salió, y mi madre tomó la palabra y me dijo:

— Te vas á casar dentro de tres días, querida mía, y voy á dirigirte ahora, sin los florilejos de la gente vulgar, las serias recomendaciones que todas las madres hacen á sus hijas. Te casas con un hombre á quien amas, de manera que no tengo que compadecerme ni compadecerme á mí misma. Hace solo un año que te vec, y si ha sido bastante para amarte no lo es para deshacerme en lágrimas al perder tu compañía. Tu entendimiento ha sido superior á tu hermosura, me has lisonjeado en mi amor propio de madre, y te has conducido como una jóven amable y buena. Por eso siempre hallarás en mí una excelente madre. ¿Te sonríes?... ¡ay! á veces allí donde la madre y la hija vivieron bien, se enfrían las dos mujeres. Quiero verte feliz, escúchame. El amor que sientes es un amor de niña, el

amor natural á todas las mujeres que nacieron para querer á un hombre; pero ¡ay! hija mía, solo hay un hombre en el mundo para nosotras, solo uno, y á veces el que estamos llamadas á querer no es el mismo que elegimos por marido creyendo por supuesto que le amá-bamos. Por singulares que puedan parecerse mis palabras, medita bien en ellas. Si no amamos al hombre que hemos elegido, la culpa es nuestra y suya, á veces lo es de circunsancias independientes de uno y otro, y sin embargo, nada se opone á que el hombre amado sea el mismo que nos da nuestra familia. La barrera que después se encuentra en el matrimonio se eleva con frecuencia por una falta de perseverancia que proviene de nosotras y de nuestro marido. Hacer del marido un amante es una obra tan delicada como el hacer de un amante un marido, tarea que acabas de cumplir á las mil maravillas. Te repito, Armanda, que quiero verte dichosa. Piensa, pues, desde ahora que en los tres primeros meses de tu matrimonio podrias hacerle desgraciado, si por tu parte no te sometieras á él con la obediencia, la ternura y el talento que has desplegado en tus amores. Porque ya sabemos, picaruela, que te has abandonado á todas las inocentes felicidades de un amor clandestino. Si el amor dichoso principiase para tí por un desengaño, por una desazon, por un dolor cualquiera, vén á verme. No te prometas demasiado del matrimonio que quizá te dará mas penas que alegrías. Tu felicidad exige tanta pausa como exigió tu amor. En fin, si por acaso perdieras al amante, siempre te quedaria el padre de tus hijos. Ahí está, hija mía, toda la vida social. Sacrifica todo al hombre cuyo nombre es el tuyo, cuyo honor y consideración no pueden sufrir el menor ataque sin que haga en tí la mas horrible brecha. Sacrificarlo todo al marido no es solo un deber absoluto para mujeres de nuestra condición, sino que es también un cálculo muy acertado. He dicho lo bastante para tí. Ahora te diré que te creo inclinada á los celos; yo también soy celosa, hija mía... pero no quiero que lo seas neciamente. Los celos que se dejan ver se parecen á una política que muestra su juego; esto es muy pernicioso, pues si nosotras enseñamos las cartas, no podemos saber el juego de los otros. En todas las cosas debemos saber sufrir en silencio. Además tendré una conversación muy seria con Macumer respecto de tí, la víspera de vuestro casamiento.

Tomé el hermoso brazo de mi madre y la besé la mano dejando con el beso una lágrima que su acento había hecho saltar en mis ojos. En esa alta moral digna de ella y de mí, adiviné un profundo saber, una ternura sin falsía social, y sobre todo una verdadera estimación de mi carácter. Con esas sencillas palabras reasumió las lecciones que su vida y su experiencia la han vendido quizá á un precio elevado. Se enterneció y me dijo mirándose:

— Querida mía, el paso que estás á punto de atravesar es muy terrible. Y la mayor parte de las mujeres ignorantes y desengañadas son capaces de imitar al conde de Westmoreland.

Ambas nos echamos á reir, y para explicarte la broma te diré que la víspera una princesa rusa nos contó en la mesa que en su calidad de ministro inglés el conde de Westmoreland era tan instruido, que habiéndose mareado sobre manera durante el paso de la Mancha, luego cuando quiso ir á Italia y le hablaron del paso de los Alpes, contestó: «No quiero mas pasos.»

Ya comprendes, Elvira, que tu negra filosofía y la moral de mi madre podían despertar aquellos temores que nos agitaban en Blois; cuanto mas se acercaba el matrimonio mas trataba yo de reunir en mí de fuerza, de voluntad y de sentimientos para resistir el paso terrible del estado de jóven al de mujer. Todas nuestras conversaciones se me venían al espíritu, releía tus cartas y descubría en ellas cierta expresión de oculta melancolía. Pero esas incertidumbres tuvieron el mérito de darme la experiencia de la novia vulgar como se ve pintada en las estampas y como la concibe el vulgo. Todo el mundo me halló, pues, encantadora el día que se firmó el contrato. Esta mañana fuimos á la alcaldía sin ninguna ceremonia, no había mas que los padrinos. Concluyó esta carta mientras disponen mis galas para la comida. Nos casaremos en la iglesia de Santa Valeria esta noche á las doce después de un baile espléndido. Confieso que mis temores me dan un aire de víctima y un falso pudor que me valdrán admiraciones para mí incomprensibles. Estoy en el colmo de la dicha al ver á mi pobre Felipe hecho un niño; la gente le incomoda, se halla como un murciélago en una cristalería. No habria querido ver á nadie, tan tímido y avergonzado de su muestra.

El embajador de Cerdeña, que vino á firmar mi contrato, me tomó á parte para regalarme un collar de perlas con seis magníficos brillantes que me envía la duquesa de Soria. Este collar viene acompañado de un brazalete de zafiros donde hay escrito: *¡Te amo sin conocerte!* Estas alhajas se hallaban envueltas en dos cartas muy finas, pero yo nada quise recibir si no me lo permitía Felipe, pues le dije: Por mi parte no quisiera veros nada que no viniese de mí.

Felipe me besó la mano enternecido y me respondió:

— Podéis tomarlas por la divisa, y por esas ternuras que son sinceras.

Sábado por la noche.

Hé aquí pues, mi pobre Elvira, las últimas palabras de la jóven soltera. Después de la misa que se celebrará

á las doce de la noche nos iremos á una hacienda que Felipe, en todo tan delicado, ha comprado en Nivernais, en el camino de la Provenza. Ya me llamo Luisa de Macumer, pero dentro de algunas horas salgo de Paris siendo aun Luisa de Chaulieu. De cualquiera manera que me llame, para tí siempre seré

LUISA.

XXVII.

LUISA DE MACUMER Á ELVIRA DE LA ESTORADE.

Octubre de 1825.

Nada te he dicho, querida mia, desde mi casamiento, lo que equivale á decir que he guardado ocho meses de silencio, y en todo ese tiempo tú no me has dicho una palabra; eso es horrible, señora mia.

Te diré, pues, que salimos en posta para el palacio de Chantepleurs, que es la posesión comprada por Macumer en Nivernais, á las orillas del Loira, á sesenta leguas de Paris. Nuestra servidumbre, excepto mi doncella, nos esperaban allí, donde llegamos con una excesiva rapidez al otro día. Yo fui durmiendo desde Paris hasta mas allá de Montargis, y la única licencia que se tomó mi señor y amo fue la de sostenerme por el tallo y mantener mi cabeza sobre el hombro donde me habia formado una almohada con varios pañuelos. Esta atención casi maternal que le hacia vencer el sueño, me causó una emoción muy honda. Dormida bajo el fuego de sus ojos negros me desperté bajo su llama; igual ardor, igual amor que ántes, pero habian cruzado por allí millares de pensamientos: dos veces besó mi frente.

Almorzamos en el carruaje al llegar á Briare, y al otro día á las siete y media de la tarde, despues de haber hablado como hablaba contigo en Blois, admirando el Loira que tanto admiramos juntas, entramos en la hermosa arboleda de tilos, de acacias y de sicomoros que conduce á Chantepleurs. A las ocho estábamos comiendo y á las diez nos hallábamos en un bonito cuarto gótico embellecido con todas las invenciones del lujo moderno. Yo no advertia en mí la menor señal de los deseos amorosos. Mi Felipe que todo el mundo halla feo, me parecia muy hermoso, hermoso de bondad, de gracia, de ternura, de delicadeza exquisita. Durante el camino se habia conducido conmigo como un amigo á quien hubiera conocido hacia quince años. Me pintó como él sabe pintar, pues siempre es el mismo hombre de su primera carta, las espantosas borrascas que supo contener y que morian en la superficie de su rostro.

— Hasta ahora no tiene nada de temible el matrimonio, dije yo yendo á la ventana y viendo á la claridad de una hermosa luna un parque delicioso del que se exhalaban olores penetrantes.

Entonces vino á mí, me tomó por el tallo y exclamó:

— ¿Y porqué asustarse? ¿Acaso he desmentido mis promesas con una mirada? ¿Podré quizá desmentirlas un día?

No puede haber una voz, no puede haber una mirada que tengan una fuerza semejante; la voz removia las menores fibras del cuerpo y despertaba todos los sentimientos; la mirada tenia la fuerza de los rayos solares.

— ¡Oh! le dije, ¡cuánta perfidia oculta vuestra esclavitud eterna!

Querida mia, me comprendió perfectamente.

De este modo, Elvira, si he permanecido algunos meses sin escribirte, ya adivinarás el motivo. Me encuentro obligada á recordar el extraño pasado de mi juventud para explicarte el período presente. Elvira, hoy comprendo cuanto me decias: una jóven casada que es dichosa no puede hablar de su felicidad ni á una amiga íntima, ni á su madre, ni quizá á sí misma. Debemos dejar este recuerdo en nuestra alma como un sentimiento mas que nos pertenece exclusivamente y para el cual no hay nombre conocido. ¿Cómo han podido llamar deber á las graciosas locuras del corazón, al irresistible extravío del deseo? ¿Qué fuerza ha podido imaginar el obligarnos á conteer las delicadezas del gusto, los mil pudores de la mujer, convirtiendo esas voluptuosidades en deseos? ¿Cómo se pueden deber esas flores del alma, esas rosas de la vida, esos poemas de la sensibilidad exaltada, á un sér que no se ama? ¡Derechos en tales sensaciones, cuando nacen y se abren al sol del amor, ó su gérmen se destruye bajo la frialdad de la aversión y la repugnancia! ¡El amor mantener prestigios semejantes! Sublime amiga mia, muy grande me parece ahora; doblo la rodilla delante de tí, admiro tu profundidad, tu perspicacia. Si, la mujer que no hace como yo algun matrimonio secreto de amor oculto bajo las bodas legales y públicas, debe refugiarse en la maternidad como un alma sin tierra ya, que se refugia en los cielos.

De todo cuanto me has escrito se desprende un principio cruel, á saber: que solo saben amar los hombres superiores. Hoy sé porqué: el hombre obedece á dos principios, pues encierra en sí la necesidad y el sentimiento; los séres inferiores ó débiles toman la necesidad por el sentimiento, en tanto que los séres superiores cubren la necesidad con los admirables efectos del sentimiento, que les comunica por su violencia misma una excesiva reserva y les inspira la adoración de la mujer. Sin duda alguna la sensibilidad se en-

cuentra en razon de la fuerza de las organizaciones inferiores, y el hombre de genio es entonces el único que se aproxima á nuestras delicadezas; entiende, adivina, comprende á la mujer, y la eleva sobre las alas de su deseo contenido por la timidez del sentimiento. De este modo, pues, cuando la inteligencia, el corazón y los sentidos igualmente embriagados nos arrastran, no camos sobre la tierra, nos elevamos á las esferas celestiales, y por desgracia no nos mantenemos en ellas mucho tiempo.

Tal es, querida mia, la filosofía de los tres primeros meses de mi matrimonio. Felipe es un ángel; puedo pensar en voz alta cuando estoy con él, pues sin figura de retórica es la repetición de mí misma. La grandeza es inexplicable; cada día descubre en la felicidad nuevas razones de amar. Soy para él la parte mas hermosa de sí mismo, y conozco que los muchos años de matrimonio, lejos de alterar el objeto de sus delicias, aumentarán su confianza, desarrollarán en él nuevas sensibilidades y fortalecerán nuestra unión. ¡Magnífico delirio! Mi alma se halla constituida de tal modo que los placeres dejan en mí fuertes resplandores, me vivifican, se impregnan en mi sér interior, el intervalo que los separa es como la noche de los días largos; el sol que doró sus cumbres por la tarde, las encuentra calientes aun por la mañana.

¿Por qué acaso feliz ha sucedido esto para mí inmediatamente? Mi madre habia despertado en mi alma grandes temores, pero sus previsiones salieron engañadas lo mismo que las tuyas y las mías, todo se ha disipado, todo. Hemos permanecido en Chantepleurs siete meses y medio como dos amantes que huyeron de padres iracundos. Las rosas del placer coronaron nuestro amor y embellecen floridas nuestra hermosa existencia.

Meditando una mañana en mi destino me acordé de mi Elvira y de su boda, y adiviné tu vida, la penetré: ¡oh, ángel mio! ¿porqué hablamos una lengua diferente? Tu matrimonio puramente social y el mio que es un amor dichoso, son dos mundos que no pueden comprenderse, como lo finito no puede comprender lo infinito. Tú permaneces en la tierra y yo estoy en el cielo; tú te hallas en la esfera humana y yo estoy en la esfera divina. Yo reino por el amor, tú reinas por el cálculo y por el deber, por fin, me hallo tan alta en las nubes que una caída me reduciria á mil añicos. Pero debo callarme, pues me avergüenzo de pintarte el brillo, la riqueza, las alegrías de una primavera de amor como es la mia.

Estamos en Paris hace dias en una bonita casa calle del Bac, arreglada por el mismo arquitecto á quien Felipe encargó el arreglo de Chantepleurs. Con el alma dilatada por las alegrías legítimas de un matrimonio afortunado he vuelto á oír la música divina de Rossini que en otros tiempos escuché con el alma inquieta, atormentada por las curiosidades del amor. Todos me encuentran mejorada, y oigo que me llaman señora con un placer de niña.

Viernes por la mañana.

Elvira, amada mia, mi felicidad me hace pensar en tí continuamente. Me siento mejor hácia tí que en otros tiempos, te amo con delirio. He estudiado tanto tu vida conyugal por el principio de la mia, y te veo tan grande, tan noble, de una virtud tan magnífica, que me constituyo inferior á tí, y te admiro sinceramente al paso que soy tu amiga. Al ver lo que es mi matrimonio me hallo casi convencida de que si hubiera sido de otro modo hoy estaria en la sepultura. Y tú vives: ¿á qué sentimiento lo debes, amiga mia? No me chancaré contigo sobre este punto; ¡ay! la broma, ángel mio, es hija de la ignorancia; la gente se burla de lo que no conoce. En los casos en que se rien los reclutas, los soldados viejos se ponen muy graves, me dijo el marqués de Chaulieu, un pobre capitán de caballería que aun no ha salido de Paris y sus contornos. Por esto adiviné que no me lo has dicho todo; sí, me has velado algunas heridas. Conozco que padeces, y pensando en tí me he forjado novelas de ideas para descubrir las razones de tu conducta por lo poco que de tí me has dicho.

Su matrimonio no es mas que una prueba, decia yo una noche, y lo que es felicidad para mí, ha sido para ella amarga pena: se casó para hacer sacrificios y quiere limitar su número, disfrazando sus dolores bajo los axiomas pomposos de la moral social. Elvira, lo que hay de mas admirable no necesita grandes aparatos, lo es todo en sí mismo, en tanto que para justificar las atroces combinaciones de nuestra esclavitud los hombres han acumulado máximas y teorías. Si tus inmolaciones son hermosas y sublimes, ¿mi felicidad santificada por la iglesia, seria pues una cosa monstruosa? Elvira, ¿cuánto me alegraría verte dichosa! ¡Oh! dime que sientes en el corazón un poco de amor por ese Luis que te idolatra, dime que la antorcha simbólica y solemne del himeneo no ha podido disipar las tinieblas, pues el amor, ángel mio, es exactamente para la naturaleza moral lo que el sol es para la tierra.

No puedo hablarte de otra cosa que de la luz que me ilumina, y que temo me consuma. Querida Elvira, tú que decias en tus éxtasis de amistad bajo el emparado del patio del convento:

— Te quiero tanto, Luisa, que si Dios me oyera, me daría á mí todas las penas y á tí todas las alegrías de la vida. Sí, tengo la pasión del dolor. — Pues bien, amiga mia, hoy digo yo lo mismo, y pido á Dios con fervor te conceda la mitad de mis placeres.

He adivinado que te has hecho ambiciosa bajo el nombre de Luis de la Estorade, y quiero que en las próximas elecciones te empeñes en que salga diputado, pues entonces tendrá cerca de cuarenta años, y como la Cámara no se reunirá hasta medio año despues, se encontrará en la edad requerida para ser un hombre político. Vendrás á Paris, no te digo mas. Mi padre y los amigos que yo me haré sabrán apreciarlos, y si tu padre político quiere constituir un mayorazgo obtendremos el título de conde para Luis. Siempre tendrás eso; pero además viviremos juntas, amiga mia.

XXVIII.

ELVIRA DE LA ESTORADE Á LUISA DE MACUMER.

Diciembre de 1825.

Luisa, me has deslumbrado. Largo rato he tenido tu carta en la mano donde algunas de mis lágrimas brillaban con los últimos rayos del sol en el ocaso, pues me hallaba sola bajo la roca á cuyo pié mandé colocar un asiento. En lontananza reluce el Mediterráneo como una hoja de acero; algunos árboles olorosos dan sombra á este banco donde hice trasplantar un enorme jazmín, algunas enredaderas y retamas de España. Con el tiempo toda la roca, estará cubierta de verdura. Pero llega el invierno, y ya la vegetación presenta un aspecto sombrío. Cuando estoy en ese sitio nadie se viene á mí, pues saben que quiero estar sola. Este banco se llama el banco de Luisa, lo que equivale á decirte que estoy sola y no estoy sola.

Si entro en estos pormenores tan insignificantes para tí, si te pinto esa verde esperanza que de antemano cubre esa roca desnuda, en cuya cúspide el acaso de la vegetación ha plantado un pino hermosísimo, es porque en ese sitio he encontrado imágenes para mí muy gratas.

Embragándome con tu matrimonio afortunado (¿y porqué no lo diré todo?) envidiándole con todas las fuerzas de mi alma, sentí el primer movimiento de mi hijo que de las profundidades de mi vida conmovió las profundidades de mi alma. Esa sensación sorda que era á un tiempo un aviso, un placer, un dolor, una promesa y una realidad; esa felicidad mia sola en el mundo, y que permanece en secreto entre Dios y yo, ese misterio me ha dicho que la roca estaria un día cubierta de flores, que las risas gozosas de toda una familia resonarian en ella, que mis entrañas estaban benditas y que darian en abundancia la vida. Sentí que habia nacido para ser madre, y por eso la primera certidumbre que tuve de llevar en mí otra vida me procuró benéficos consuelos: un gozo inmenso coronó todos esos largos dias de abnegación que constituyeron ya la alegría de Luis.

Abnegación, me dije á mí misma, ¿no eres mas que el amor? ¿no eres la voluptuosidad mas profunda, porque eres la mas abstracta, la voluptuosidad generadora? ¿No eres la facultad superior al afecto? ¿no eres la divinidad incansable, misteriosa y oculta bajo las esferas infinitas en un centro desconocido por donde pasan alternativamente todos los mundos? La abnegación sola en su secreto, llena de placeres saboreados en silencio sobre los cuales nadie arroja una mirada profana y que nadie sospecha; la abnegación, dios celoso y terrible, dios vencedor y fuerte, inextinguible porque está en la naturaleza misma de las cosas, y así siempre es igual á sí mismo, á pesar de la dispersion de sus fuerzas, la abnegación... esa es la divisa de mi vida.

El amor, Luisa, es un esfuerzo de Felipe sobre tí, pero la influencia de mi vida sobre la familia producirá una reacción incansable de ese pequeño mundo sobre mí. Tu hermosa cosecha dorada es pasajera; pero la mia no será peor porque venga tarde. El amor es el robo mas bonito que la sociedad haya sabido hacer á la naturaleza, pero la maternidad es la misma naturaleza en su alegría. Una sonrisa secó mis lágrimas. El amor hace á mi marido muy dichoso, pero el matrimonio me ha hecho madre y tambien voy á ser muy dichosa. Entonces me volví á pasos lentos á mi casita blanca de ventanas verdes para escribirte esto.

Ya sabes pues, querida mia, que el hecho mas natural y sorprendente en nosotros ha ocurrido en mí hace cinco meses, pero tambien puedo decirte que en nada ha venido á turbar mi corazón ni mi inteligencia. Los veo á todos rebosando de júbilo; el futuro abuelo está hecho un niño y el padre toma un aire serio é inquieto; todos me cuidan á porfía, todos hablan de la felicidad de tener un hijo. ¡Ay! yo sola nada siento y no me atrevo á confesar á nadie el estado de entera insensibilidad en que me hallo. Miento un poco para no anular su alegría, pero como puedo ser franca contigo, te diré que en la crisis en que me encuentro, la maternidad no comienza sino en la idea.

Luis se quedó tan sorprendido como yo con la noticia: el acaso, amiga mia, es el dios de la maternidad, y aunque segun dice nuestro doctor, esas casualidades están en armonía con las leyes de la naturaleza, no me ha negado que las criaturas que tan graciosamente denominan hijos del amor tienen en abundancia inteligencia y hermosura, y que su vida se ve á menudo como protegida por la felicidad que presidió á su concepción. Quizá, Luisa querida, tendrás en tu maternidad goces que debo yo ignorar en la mia. Quizá se quiere mas al hijo de un hombre adorado como tú adoras á Felipe que al de un marido con quien una se

casa, por razon, y á quien una se entrega por deber, por ser mujer en fin. Estos pensamientos conservados en lo mas recóndito de mi corazón aumentan mi gravedad de madre en esperanza; pero como no hay familia sin un hijo, mi deseo quisiera poder apresurar el momento en que principiarán para mí los placeres de la familia que deben ser mi sola existencia.

En este instante mi vida es una vida de esperanza y de misterios; paso el tiempo observándome, y á pesar de los esfuerzos de Luis que me colma de atenciones y de tiernos cuidados, tengo inquietudes vagas á las que se mezclan el hastio, la turbacion, los apetitos singulares del embarazo. Si debo decirte las cosas tales como son, á riesgo de inspirarte una aprension desagradable, te confieso que me hallo dominada por un gusto caprichoso de comer cierta clase de naranjas. Mi marido va á Marsella y me trae las mejores naranjas del mundo; las ha pedido de Malta, de Portugal, de Córcega, pero ninguna de ellas me gusta. Yo corro á Marsella, á veces á pié, y devoro allí una porcion de naranjas de á ochavo, casi pasadas, en una callejuela que baja al puerto á dos pasos de la casa municipal; sus picaduras azuladas ó verdosas brillan á mis ojos como diamantes; veo en esas manchas flores delicadas, y léjos de sentir su olor repugnante y cadavérico, las hallo un sabor irritante, un calor espirituoso, un gusto exquisito.

Ahí tienes, ángel mio, las primeras sensaciones amorosas de mi vida: esas asquerosas naranjas constituyen mis amores; no deseas tú tanto el amor de Felipe como yo deseo una de esas frutas podridas. En fin, á veces salgo furtivamente, corro á Marsella como un relámpago, y cuando me voy acercando á la callejuela me dan temblores voluptuosos, temo que la naranjera no tenga mas de las que yo apetezco, y cuando las veo me arrojo sobre ellas, me las como, las devoro al aire libre, pareciéndome que esas frutas vienen del paraíso y que contienen el mas suave alimento. Luis se vuelve, porque su olor le repugna. Me he acordado de esa frase atroz de Obermann, negra elegía que no quisiera haber leído: *Las raíces se empapan de agua fétida*. Desde que como esas naranjas no siento las náuseas que tanto me molestaban, y mi salud se ha restablecido como por encanto. Estas depravaciones tienen su razon como todas las cosas, puesto que son un efecto natural y que la mayor parte de las mujeres experimentan esos antojos monstruosos muchas veces. Cuando adelante mas mi embarazo no saldré de casa, pues no me gustará que me vea nadie.

Me hallo en una curiosidad excesiva por saber en que momento de la vida principia la maternidad; no pienso que sea en medio de los horribles dolores que tanto temo.

Adios, mujer dichosa, adios, tú en quien yo renazco, y por quien me figuro esos hermosos amores, esos celos por una mirada, esas palabras al oído, y esos placeres que nos envuelven como otra atmósfera, otra sangre, otra luz, otra vida. ¡Ah, querida mía! yo tambien comprendo el amor; no te canses de decirme todo, no olvidemos nuestros convenios. Por mi parte nada te ocultaré, y así debo decirte para concluir de un modo solemne, que al leer la última vez tu carta, un temor invencible y profundo se apoderó de mí; me pareció que ese amor tan espléndido desafiaba á la divina Providencia. ¿No temes que el infortunio, el árbitro supremo del universo, se enfurezca por no haber tenido su parte en vuestro festin? Luisa, no olvides nunca la oracion á Dios en medio de tu dicha; haz mucho bien, sé buena y caritativa, en fin, conjura las adversidades con tu modestia. Yo me he vuelto mas piadosa aun que cuando estaba en el convento, despues de mi matrimonio. No me dices nada de la religion en Paris. En tu adoracion á Felipe me parece que te diriges mas al santo que á Dios, contra lo que dice el proverbio.

Pero mi temor es un exceso de amistad; sin duda alguna vais juntos á la iglesia y haceis mucho bien en secreto, ¿no es verdad? Vas á decir que soy muy lugareña cuando leas el fin de esta carta, pero piensa que mis temores ocultan una amistad excesiva, la amistad como la entendia La Fontaine, esto es, esa amistad que se alarma con una idea, con una sombra, con un sueño. Mereces ser dichosa puesto que te acuerdas de mí en medio de tu felicidad como yo pienso en tí en medio de mi vida monotona, un poco oscura, pero bien llena, sobria, pero productiva: Dios te bendiga, ángel mio.

XXIX.

DE LUIS DE LA ESTORADE Á LA BARONESA DE MACUMER.

Diciembre de 1825

Muy señora mia: Mi mujer no ha querido que supieseis por la esquila vulgar que se envia á todo el mundo un acontecimiento que nos llena á todos de alegría. Elvira acaba de dar á luz un hermoso niño de quien seréis madrina. Elvira y yo contamos con que vendréis á sacar de pila á vuestro ahijado cuando paseis á vuestra hacienda de Chantepleurs, y sin esperar vuestro consentimiento está inscrito ya en los registros del estado civil con los nombres de Armando-Luis de la Estorade. Nuestra querida Elvira ha padeci-

Elvira me ha hablado de vuestras intenciones respecto de nosotros, y aprovecho esta ocasion, bien propicia por cierto, de daros por mi parte las mas expresivas gracias. El nacimiento de mi hijo ha determinado á mi padre á consumir sacrificios á los que los viejos se resuelven con dificultad; acaba de comprar dos haciendas. La Crampade es hoy una posesion que da treinta mil francos de renta. Mi padre va á solicitar del rey el permiso de constituirla en mayorazgo, y si obteneis para él el título de que hablábais en vuestra última carta, habréis hecho algo ya en beneficio de vuestro ahijado.

Por lo que á mí toca seguiré vuestros consejos únicamente por reuniros con Elvira el tiempo que duran las legislaturas. Estudio con ardor y trato de hacerme lo que llaman un hombre especial; pero nada me dará mas valor que la certidumbre de saber que sois la protectora de mi pequeño Armando. Prometednos que vendréis á desempeñar el papel de una hada para mi hijo primogénito; de este modo aumentaréis con una gratitud eterna, los sentimientos de afecto respetuoso con que tiene la honra de ofrecerse á vuestros piés,

LUIS DE LA ESTORADE.

XXX.

LUIA DE MACUMER Á ELVIRA DE LA ESTORADE.

Enero de 1826.

Macumer me ha despertado hace un instante con la carta de tu marido, amiga mia. Principio por decir que sí; irémos á fines de abril á Chantepleurs, y para mí será un triple placer el de viajar, de verte y ser la madrina de tu primer hijo, pero quiero que Macumer sea el padrino, pues una alianza católica con otro hombre cualquiera me parecería odiosa. ¡Ah! si hubieras podido ver la expresion de su rostro cuando le dije eso, sabrais cuanto me ama.

(Se continuará.)

Cuchillo de monte

REGALADO POR EL EMPERADOR DE AUSTRIA Á JULIO GERARD.

El emperador de Austria acaba de dar una prueba del interés particular que le merece el famoso cazador de leones Julio Gerard cuyas hazañas en Africa le han valido una reputacion europea, regalándole un arsenal completo de las mejores armas que se fabrican en Alemania.

Acabamos de recibir de M. Leon Bertrand, director del *Journal des Chasseurs* el dibujo y la descripcion de este regalo, verdaderamente régio y digno de un soberano que sabe apreciar y recompensar el valor. — Una de las armas (la que aquí reproducimos) es un cuchillo de monte magnífico, cuya montura (puño, guarnicion y cazoleta) es de oro macizo. En el pomo hay grabada en francés esta inscripcion:

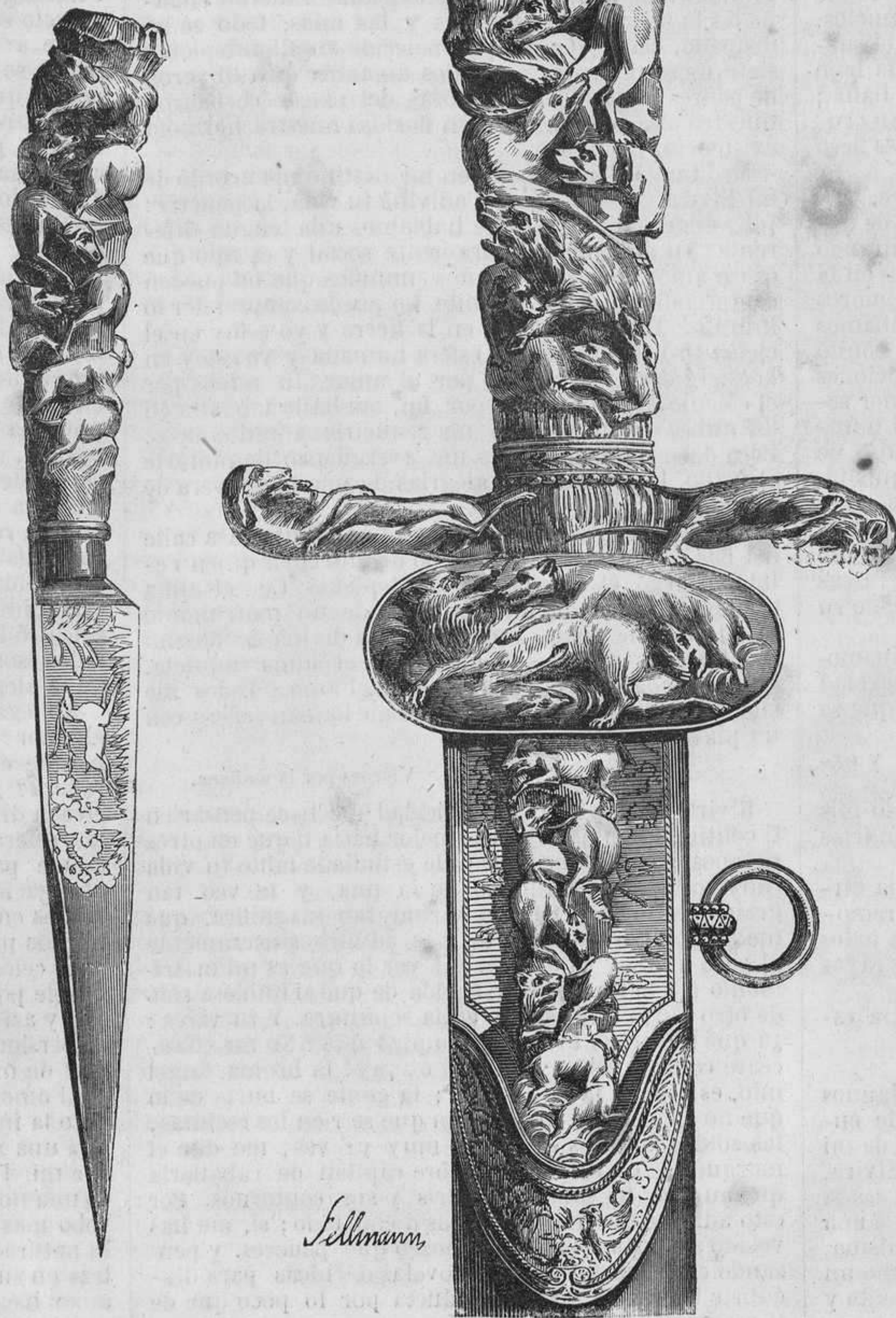
REGALADO POR S. M. EL EMPERADOR DE AUSTRIA Á JULIO GERARD.

1854.

El puño está formado por un conjunto de animales, leones, ciervos, lobos, perros y jabalies entrelazados y desgarrándose; una leona y un ciervo luchando con perros, forman las dos ramas de la cruz y la cazoleta representa tambien combates de animales. La hoja ricamente adornada, es un damasco notable, por su finura y antigüedad; por último la vaina presenta soberbios ornatos de oro cincelado, y en uno de los lados exteriores hay una cavidad para un puñalito, cuyo mango de oro macizo como el del cuchillo se halla rodeado de diferentes animales agrupados en espiral.

Con este cuchillo de monte venia en un neceser una carabina alemana de dos cañones paralelos y rayados. Esta arma de mucha precision para el tiro es de un trabajo delicado.

Parece que Julio Gerard agradecido á un obsequio que tanto lisonjea su amor propio, experimenta el deseo de mostrarse aun mas digno de él, estrenando pronto estas armas en un leon grande y viejo que dicen conoce ya en las cuestas del Aures.



do mucho, pero con una paciencia angelical. Ya la conocéis; en esta primera prueba se ha visto sostenida por la certidumbre de la felicidad que nos daba á todos.

Sin entregarme á las exageraciones un poco ridiculas de los padres que son padres por la primera vez, puedo aseguraros que Armando es muy hermoso; pero no os costará trabajo creerlo si añado que tiene las facciones y los ojos de su madre. Esto quiere decir que ya tiene talento. Ahora que el médico y el comadron nos han asegurado que Elvira no corre ya ningun peligro, pues ella cria, el niño ha tomado bien el pecho, la leche es abundante, ¡la naturaleza es tan rica en ella! podemos mi padre y yo abandonarnos á nuestra alegría. ¡Ah! esta alegría es tan grande, tan poderosa, anima de tal modo nuestra casa y ha cambiado tanto la existencia de mi esposa querida, que os deseo una felicidad igual á la nuestra. Elvira ha mandado disponer un aposento que yo quisiera hacer digno de nuestros huéspedes, pero donde al ménos seréis recibidos, sino con lujo, con cordialidad fraternal.